

INTRODUCCIÓN

Una mañana oscura de abril de hace ya algunos años, temprano, estaba sentado en mi salón en el centro de Copenhague, envuelto en una manta y anhelando la llegada de la primavera, cuando abrí el periódico de aquel día y descubrí que mis compatriotas adoptivos habían sido nombrados los más felices de su especie en algo llamado el Índice de Satisfacción con la Vida, compilado por el departamento de Psicología de la Universidad de Leicester.

Comprobé la fecha en el periódico: no era el Día de los Inocentes. En efecto, tras echar un vistazo rápido por Internet confirmé que esta noticia aparecía en los titulares de todo el mundo. Todos, desde el *Daily Mail* hasta Al Jazeera, cubrían la historia como si hubiera estado escrita en las tablas de la ley. Dinamarca era el lugar más feliz del planeta. ¿El más feliz? ¿Este país pequeño, plano, aburrido, húmedo y oscuro, que ahora llamaba hogar, con su puñado de personas sensatas y estoicas y los impuestos más elevados del mundo? Gran Bretaña ocupaba el puesto número 41 de la lista. Un tipo de alguna universidad así lo había afirmado, de modo que debía de ser cierto.

«Bueno, pues entonces lo saben esconder muy bien —pensé mientras miraba por la ventana hacia el puerto barrido por la lluvia—. A mí no me parecen tan joviales». En la calle, los ciclistas forrados con equipamientos árticos de alta visibilidad cruzaban el puente basculante Langebro junto a los peatones que avanzaban a empellones con sus paraguas, todos luchando contra las salpicaduras de los camiones y autobuses en tránsito.

Me puse a pensar en las aventuras del día anterior en mi patria recientemente adoptiva, unas aventuras sin duda capaces de minar el alma de cualquiera. Por la mañana había tenido lugar el encuentro bisemanal con

la cajera taciturna en el supermercado local que, como de costumbre, había marcado el coste excesivamente prohibitivo de mis productos de baja calidad como si yo no estuviera allí de cuerpo presente. Fuera, otros peatones habían chasqueado la lengua de forma audible al verme cruzar la calle con el semáforo en rojo; no había tráfico, pero en Dinamarca adelantarse al hombrecillo verde supone una provocadora violación de la etiqueta social. Volví a casa en bicicleta a través de la llovizna y, al llegar, me esperaba una factura que me «liberaba» de una alarmante proporción de los ingresos de aquel mes; antes de eso había provocado la ira de un conductor que había amenazado con matarme por haber infringido la señal de no girar a la izquierda (bajó la ventanilla y, literalmente, al más puro estilo y con el acento de villano de película de James Bond, me gritó: «¡Te mataré!»). El entretenimiento nocturno televisivo en horario de máxima audiencia había consistido en un programa sobre cómo evitar un roce excesivo de las ubres de vaca seguido de un episodio de *Taggart* de hacía más de diez años y, a continuación, *¿Quién quiere ser millonario?*, cuyo sugestivo nombre sobre un potencial cambio de vida resulta un tanto debilitado por el hecho de que un millón de coronas equivalen tan solo a unas 100 000 libras esterlinas, que en Dinamarca es justo lo suficiente para pagarte una cena y que te quede algo de calderilla para ir al cine.

Debo añadir que esto fue antes de que llegaran a nuestras pantallas todas esas series de televisión danesas aclamadas por la crítica, y de que la nueva cocina nórdica revolucionara nuestros fogones, antes de que Sarah Lund^[1] nos encandilara con su jersey de punto y de que Birgitte Nyborg^[2] nos sedujera con sus faldas de tubo y su actitud seria y sensata hacia los políticos de derechas, y mucho antes de que la reciente y aparentemente incansable ola de obsesión por lo danés se apoderara del mundo. En aquel entonces, había llegado a considerar a los daneses como personas fundamentalmente decentes, trabajadoras, respetuosas de las leyes y muy poco propensas a las expresiones públicas de... en fin, de casi nada, y mucho menos de *felicidad*. Los daneses eran luteranos por naturaleza, cuando no por acatamiento ritual: rehuían de la ostentación, desconfiaban de la manifestación exuberante de emociones y se mantenían encerrados en sí mismos. En comparación con los, pongamos, tailandeses, puertorriqueños

o, incluso, los británicos, conformaban un grupo solemne y glacial. Me atrevería incluso a decir que de las alrededor de cincuenta nacionalidades que hasta ese momento había conocido a lo largo de mis viajes, los daneses probablemente se encontraban en el cuarto inferior de la tabla, entre las personas *menos* manifiestamente alegres de la tierra, junto con los suecos, los finlandeses y los noruegos.

En su momento pensé que quizá era la gran cantidad de antidepresivos que tomaban lo que nublaba su percepción. Hacía poco había leído un informe según el cual, en Europa, solo los islandeses consumían más píldoras de la felicidad que los daneses, y el ritmo al que las ingerían iba en aumento. ¿Acaso la felicidad danesa no era más que un estado de inconsciencia patrocinado por Prozac?

De hecho, a medida que iba ahondando en el fenómeno de la felicidad danesa, descubrí que el informe de la Universidad de Leicester no era tan novedoso como seguramente les hubiera gustado pensar. Los daneses ya habían estado en lo más alto en la primera de las encuestas de la UE sobre el bienestar —el Eurobarómetro— allá por 1973, y en la actualidad siguen ocupando la primera posición. En el último sondeo realizado, más de dos tercios de los miles de daneses que fueron encuestados afirmaron estar «muy satisfechos» con sus vidas.

En 2009 tuvo lugar la visita cuasipapal de Oprah Winfrey a Copenhague, quien citó el hecho de que «la gente deja a sus hijos en los carritos en el exterior de las cafeterías, y no te preocupa que los roben [...] nadie se dedica a correr, correr, correr para conseguir más, más, más» como el secreto del éxito danés. Y, si Oprah ungía a Dinamarca, entonces debía de ser verdad.

Cuando Oprah descendió de los cielos, yo ya me había marchado de Dinamarca tras haber logrado que mi mujer no pudiera soportar más mis incisantes quejas sobre su patria: el suplicio del tiempo, los atroces impuestos, el previsible monocultivo, el agobiante empeño en el consenso basado en el mínimo común denominador, el miedo a cualquier cosa o persona diferente a la norma, la desconfianza en la ambición y la desaprobación del éxito, los lamentables modales públicos y la implacable dieta a base de carne grasa de cerdo, *salmiakki*^[3], cerveza barata y

mazapán. Pero, aun así, no perdí de vista, si bien algo desconcertado, el fenómeno de la felicidad danesa.

No fui capaz de dar crédito, por ejemplo, cuando el país coronó la Encuesta Mundial Gallup que pidió a mil personas mayores de quince años en un total de 155 países evaluar, en una escala del 1 al 10, sus vidas en aquel momento y también cómo confiaban en que se desarrollasen en el futuro. Gallup incluyó otras preguntas relativas al apoyo social: «Si tuvieras problemas, ¿podrías contar con familiares o amigos para que te ayudaran siempre que lo necesites?»; la libertad: «En tu país, ¿estás satisfecho o insatisfecho con tu libertad para elegir qué hacer con tu vida?»; la corrupción: «¿Está la corrupción extendida entre las empresas localizadas en tu país?». Las respuestas revelaron que el 82 por ciento de los daneses «prosperaba» (la puntuación más alta), mientras que solo «sufría» el 1 por ciento. La media de las «experiencias diarias» alcanzaba un 7,9 de 10, una marca insuperable a nivel mundial. A título de comparación, en Togo, el país que ocupaba el lugar más bajo de la clasificación, solo el 1 por ciento consideraba que prosperaba.

«A lo mejor deberían preguntar a los inmigrantes somalíes de Ishøj cuán felices están», solía pensar cada vez que oía hablar de alguno de estos sondeos e informes, aunque albergaba serias dudas de que ninguno de los investigadores se hubiera aventurado más allá del próspero extrarradio de Copenhague.

Entonces llegó el colofón, el momento cumbre en la historia de la felicidad danesa: en 2012, el primer Informe Mundial de la Felicidad de las Naciones Unidas, recopilado por los economistas John Helliwell, Richard Layard y Jeffrey Sachs, analizó los resultados de todas las investigaciones vigentes en torno a la felicidad: las Encuestas Mundiales Gallup, las Encuestas Mundiales y Europeas de Valores, la Encuesta Social Europea, etc. Y no os lo vais a creer... ¡El primer puesto se lo llevó Bélgica! Es broma. Una vez más, Dinamarca fue juzgado el país más feliz del mundo, seguido muy de cerca por Finlandia (2), Noruega (3) y Suecia (7).

Parafraseando a *lady Bracknell*^[4], ganar una encuesta sobre la felicidad se podría considerar buena suerte, haber ganado prácticamente todas y cada

una de ellas desde 1973 es motivo convincente para llevar a cabo una tesis antropológica definitiva.

A decir verdad, a Dinamarca no le faltan rivales en su lucha por el título del país más estupendo para vivir. Tal y como sugería el informe de la ONU, cada uno de los países nórdicos puede reclamar su supremacía con respecto a la calidad de vida. Poco después de la publicación del informe de las Naciones Unidas, la revista *Newsweek* anunció que era Finlandia, y no Dinamarca, el país que gozaba de la mejor calidad de vida, mientras que Noruega estaba en lo más alto del Índice de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y un informe reciente afirma que Suecia es el mejor país para vivir si eres mujer.

De modo que Dinamarca no siempre ocupa el primer puesto en *todas* las categorías de estas encuestas sobre el bienestar, la satisfacción y la felicidad, pero siempre está cerca y, si no llega al número uno, lo más habitual es que lo sea algún otro país nórdico. Ocasionalmente Nueva Zelanda o Japón llegan a codearse con ellos (o, quizás, Singapur o Suiza), pero, en general, el mensaje que lanzaban todos estos informes, recogidos con gran entusiasmo y a pies juntillas por los medios de comunicación europeos y estadounidenses, era tan claro como un vaso de *schnapps* helado: la gente escandinava no solo es la más feliz y satisfecha del mundo, sino la más pacífica, tolerante, igualitaria, progresiva, próspera, moderna, liberal, liberada, con mejor educación, más avanzada tecnológicamente y con la mejor música pop, los detectives más geniales de la televisión e incluso, en los últimos años, para colmo, el mejor restaurante. Entre estos cinco países —Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia e Islandia— podrían jactarse de tener el mejor sistema de educación del mundo (Finlandia), un ejemplo brillante de sociedad industrial moderna, multicultural y propiamente secular (Suecia), una colossal riqueza petrolera invertida en objetivos a largo plazo, éticos y sensatos en lugar de en estúpidos edificios altísimos y en chicas de compañía de Park Lane (Noruega), la sociedad con mayor igualdad de género, los hombres más longevos del mundo y enormes cantidades de abadejo (Islandia) y unas ambiciosas políticas medioambientales y sistemas de bienestar social generosamente financiados por el Estado (todos ellos).

El consenso resultaba abrumador: si querías saber dónde encontrar el modelo definitivo para vivir una vida progresista, saludable, bien equilibrada, feliz y plena, debías dirigir tu mirada un poco más al norte de Alemania y justo a la izquierda de Rusia.

Pero yo hice más que eso. Después de observar desde una cierta distancia el avance sin tregua del carro de la felicidad danesa —intercalado con visitas regulares que, si acaso, solo servían para aumentar mi confusión (¿el tiempo sigue siendo una mierda?: sí; ¿la tasa impositiva todavía es de más del 50 por ciento?: así es; ¿las tiendas están cerradas siempre que las necesitas?: claro que sí)—, volví a mudarme allí.

Esto no respondió a ningún gesto magnánimo de perdón por mi parte, ni a un osado experimento para poner a prueba los límites de la resistencia humana: mi mujer quería volver a su tierra y, a pesar de que cada molécula de mi cuerpo gritaba: «¿No recuerdas lo que de verdad significaba vivir allí, Michael?», a raíz de diversas experiencias angustiosas con el correr de los años he aprendido que a la larga es mejor hacer lo que ella diga.

De vuelta en Dinamarca, la fiebre de lo nórdico, en todo caso, se había intensificado por todo el mundo. Era como si nunca les pareciera que ya tenían suficiente cultura vikinga contemporánea: los autores de novela negra Henning Mankell y Stieg Larsson empezaron a mover millones de libros, Danmarks Radio (DR), la cadena nacional danesa, vendió tres series de su morbosa epopeya criminal *Forbrydelsen* (*The Killing*) a 120 países, e incluso la televisión estadounidense realizó su propia versión. La siguiente serie de la compañía, el drama político *Borgen* (*El castillo*, que es el nombre con el que se conoce coloquialmente al edificio del Parlamento danés) ganó un BAFTA y un millón de telespectadores en la BBC4; e incluso *Broen* (*El puente*), una serie policiaca sueco-danesa, fue un éxito. (Poco importaba que lo único de original que tenía *Forbrydelsen* fuera el escenario; ya habíamos visto a duras mujeres policía muchas otras veces antes. Daba igual que *Borgen* fuera un *El Ala Oeste de la Casa Blanca* de tercera categoría, aunque con mejores pantallas de lámpara, o lo increíblemente mala que fuera *Broen*). De repente, arquitectos daneses, en particular Bjarke Ingels, se llevaban de calle grandes proyectos de construcción internacionales como si estuvieran hechos a base de piezas de

Lego, y el trabajo de artistas como Olafur Eliasson aparecía por todas partes, desde escaparates de Louis Vuitton a la Turbine Hall de la Tate Modern en Londres. Un antiguo primer ministro danés, Anders Fogh Rasmussen, asumió el cargo de secretario general de la OTAN y un expresidente finlandés, Martti Ahtisaari, ganó el Premio Nobel de la Paz. Fue un momento magnífico para las películas danesas; directores como Thomas Vinterberg, Lars von Trier, Susanne Bier y Nicolas Winding Refn ganaron Premios Óscar, fueron galardonados en Cannes y se convirtieron en algunos de los directores más aclamados de la era actual. El actor Mads Mikkelsen (*Casino Royale*, *La caza*, *Hannibal*) llegó a ser una figura tan habitual en las pantallas danesas e internacionales que hoy trae a la memoria el célebre pareado de John Updike sobre un actor francés de similar ubicuidad: «*I think that I shall never view / A French film without Depardieu*»^[5]. Y además, por supuesto, estaba la «revolución» de la nueva cocina nórdica y la evolución del restaurante Noma de Copenhague, que había pasado de ser un cachondeo a pionero internacional; fue nombrado el mejor restaurante del mundo tres veces seguidas y su chef jefe, René Redzepi, llegó a ser estrella de portada de la revista *Time*.

En otras partes de la región, Finlandia nos dio a los *Angry Birds*, ganó el Festival de Eurovisión con una banda supuestamente integrada por orcos (Lordi) y, al menos durante un cierto tiempo, fabricó los teléfonos móviles que se instalaron de forma permanente en los bolsillos de todo el mundo^[6]. Mientras tanto, Suecia continuó dominando las principales avenidas comerciales de nuestras ciudades con H&M e Ikea, así como las ondas de radio (la lista de productores y cantantes de música pop es demasiado extensa para enumerarla aquí y ahora) y también nos dio Skype y Spotify; Noruega siguió suministrando al mundo petróleo y varitas de pescado; y los islandeses se embarcaron en una juerga extraordinaria de aventuras fiscales.

Independientemente de adónde acudiera en busca de información, no lograba escapar (aparte de en Islandia) de la cobertura casi exclusivamente adulatoria de todo lo que fuera escandinavo. De haber tenido que creer lo que decían los periódicos, la televisión y la radio, los países nórdicos no podían hacer nada mal, tan simple como eso. Estas eran las tierras prometidas de la igualdad, la vida sencilla, la calidad de vida y la repostería

casera. Pero lo cierto era que yo había conocido otra realidad viviendo aquí arriba, en el frío y gris norte y, aunque numerosos aspectos de la vida escandinava eran ciertamente ejemplares (y el resto del mundo podría aprender muchísimo de ellos), cada vez me frustraba más la falta de matices a la hora de esbozar una imagen de mi patria adoptiva.

Un detalle sobre este amor recién descubierto por todo lo escandinavo —ya fueran las escuelas libres, el diseño de interiores en color blanco, los sistemas políticos regidos por el consenso o los jerséis gruesos— me resultaba especialmente extraño: teniendo en cuenta toda esta publicidad positiva, y con una conciencia del llamado milagro nórdico que había alcanzado máximos históricos, ¿por qué motivo la gente no acudía en masa a vivir aquí? ¿Por qué seguían soñando con tener una casa en España o en Francia? ¿Por qué no empaquetaban todos sus enseres y se dirigían hacia Aalborg o Trondheim? A pesar de toda la literatura policiaca y de las series de televisión, ¿cómo era posible que nuestro conocimiento de Escandinavia siguiera siendo tan ridículamente escaso? ¿Cómo es que no tienes ni idea de dónde están Aalborg o Trondheim (sé sincero)? ¿Por qué no conoces a nadie que sepa hablar sueco o que se defienda en noruego? Nombra al ministro de Asuntos Exteriores danés. O al cómico más popular de Noruega. O a una persona finlandesa, cualquier persona.

Muy pocos de nosotros visitamos Japón o Rusia o hablamos sus lenguas pero, aunque es posible que no seas capaz de nombrar a todos sus líderes políticos, artistas o ciudades de segundo nivel, sospecho que podrías decir al menos *algunos*. Escandinavia, sin embargo, es una auténtica *terra incognita*. Los romanos ni siquiera se preocuparon por ella. A Carlomagno no pudo importarle menos. Como escribe el historiador nórdico T. K. Derry en su historia de la región, literalmente durante miles de años, «el norte permaneció casi en su totalidad fuera de la esfera de interés del hombre civilizado». Incluso la falta de interés que puede advertirse actualmente es ensordecedora. A. A. Gill, en un artículo publicado recientemente en el *Sunday Times*, describe esta parte del mundo como «una colección de países indistinguibles unos de otros».

En parte, la razón de nuestro punto ciego colectivo —y yo soy el primero en admitir lo extraordinariamente ignorante que era en asuntos

relacionados con esta región antes de mudarme aquí— es el hecho de que somos relativamente pocos los que viajamos por esta parte del mundo. Por muchas maravillas escénicas que posea, el costo de visitar Escandinavia, junto con su desalentador clima (por no mencionar la existencia continuada de Francia), tiende a disuadir a mucha gente de pasar aquí sus vacaciones. ¿Dónde está la literatura de viajes sobre el norte? Las estanterías de las librerías se colapsan bajo el peso de las memorias situadas en el Mediterráneo —*Dipsómano entre olivares, Aventuras extramatrimoniales con naranjas* y otros—, pero al parecer nadie quiere pasar *Un año en Turku* o tratando de circular *Entre arándanos*.

Un día, mientras esperaba durante media hora a ser atendido en la farmacia de mi barrio (las boticas danesas están organizadas sobre la base de un monopolio, por lo que el servicio al cliente no es ninguna prioridad), caí en la cuenta de que, a pesar de todas las reseñas brillantes sobre Sofie Gråbøl (estrella protagonista de *The Killing*), de todos los artículos sobre los tejidos de punto feroeses y de las recetas con veinte tipos de hierbas y raíces (aquí debo levantar la mano, puesto que yo mismo he escrito más de un par sobre estas últimas), lo cierto es que aprendemos más de la mano de nuestros profesores de colegio, televisiones y periódicos sobre la vida de las remotas tribus amazónicas que de los escandinavos y cómo viven realmente.

Esto resulta extraño, porque los daneses y los noruegos son nuestros vecinos más cercanos por el este, los islandeses por el norte y, en términos de nuestro carácter nacional, tenemos más en común con ellos que con los franceses o alemanes: nuestro sentido del humor, tolerancia, recelo de los dogmas religiosos y de la autoridad política, honestidad, estoicismo frente a una meteorología deprimente, orden social, dieta pobre, falta de elegancia al vestir, etc. (Esto frente a la incontinencia emocional, la corrupción endémica, el humor a base de payasadas, el temperamento adolescente, la dudosa higiene personal, la gastronomía exquisita y la elegante sastrería de nuestros vecinos del sur).

Hasta se podría llegar a argumentar que los británicos somos, en esencia, escandinavos. Bueno, un poco. Los lazos culturales son innegablemente profundos y duraderos, y es posible remontarse al infame

primer asalto al monasterio de Lindisfarne el 8 de enero del año 793 cuando, según aparece en los registros de la época: «Las horrorosas incursiones de hombres paganos causaron lamentables estragos en la iglesia de Dios en la isla sagrada».

Los reyes vikingos pasaron a gobernar un tercio de Gran Bretaña —el territorio conocido como Danelaw— durante un periodo que culminó con esa gran trampa cazabobos del deletreo, Cnut (Canuto II de Dinamarca), como rey indiscutible de toda Inglaterra. El descubrimiento de los restos de un barco funerario en Sutton Hoo ha ofrecido abundantes evidencias de que también existe un vínculo con Suecia. Después de sacudirse de encima su necesidad de violar y saquear, hay indicios sólidos de que vikingos de diversas tribus se establecieron de forma amistosa entre los anglosajones, comerciaron, se casaron unos con otros y ejercieron una gran influencia sobre la población indígena.

Desde luego, dejaron su impronta en la lengua inglesa. Un profesor de Lengua y Literatura Noruega de la Universidad de Oslo, Jan Terje Faarlund, recientemente se atrevió incluso a declarar que el inglés era una lengua escandinava, aludiendo al vocabulario compartido, al orden parecido «verbo antes de objeto» de las frases (a diferencia de la gramática alemana) y otras cosas por el estilo. La división de Yorkshire en *ridings* (norte, este y oeste) procede del término vikingo para designar «tercio»; imagino que los *dales* [«valles»] de Yorkshire son otra derivación nórdica (*dal* es «valle» en danés); y a menudo me he preguntado si la oclusiva glotal de la zona norte de Inglaterra no será alguna especie de contagio lingüístico de los daneses (que, cuando hablan, con frecuencia parece no solo que se tragan la mayoría de las consonantes de cada palabra, sino la propia lengua). Luego están algunos de los días de la semana (*Wodin* u *Odin* para *Wednesday* [«miércoles»]; *Thor* para *Thursday* [«jueves»]; *Freya* para *Friday* [«viernes»]) y muchos nombres de lugares. El *Domesday* o *Libro de Winchester*^[7] está repleto de nombres escandinavos para referirse a asentamientos: cualquier ciudad con la terminación *-by* o *-thorpe* (que significan respectivamente «ciudad» o «pequeño asentamiento») fue un asentamiento vikingo: Derby, Whitby, Scunthorpe, Cleethorpes, etc. Yo nací cerca de una ciudad llamada East Grinstead, cuyo nombre, imagino, es de

origen danés (*sted* significa «lugar», y es una terminación muy común en las localidades danesas); y, en Londres, vivía a cinco minutos de Denmark Hill, un nombre que surge de una conexión más reciente: en otro tiempo fue el hogar del consorte danés de la reina Ana de Gran Bretaña (las casas reales británica y danesa han estado estrechamente entrelazadas por diversos matrimonios a lo largo de muchos siglos).

Las palabras relacionadas con la familia, como *mother (mor)*, *father (far)*, *sister (søster)* y *brother (bror)*^[8] también demuestran una gran cercanía aunque, por desgracia desde mi punto de vista, la lengua inglesa nunca adoptó el utilísimo método escandinavo para distinguir entre abuelos maternos y paternos: *far-far, mor-mor, far-mor, mor-far*.

«Incluso en la actualidad, los agricultores de Yorkshire pueden mantener una conversación sobre ovejas con sus homólogos noruegos y entenderse entre ellos», me explicó la doctora Elizabeth Ashman Rowe, profesora de Historia Escandinava en la Universidad de Cambridge cuando le pregunté sobre el legado vikingo en Gran Bretaña. He oído algo parecido con respecto a la capacidad de los pescadores de Norfolk de saber hacerse entender por sus colegas marinos de la costa oeste de Jutlandia. Rowe también señaló otros lazos culturales: la influencia de la cultura nórdica en autores que van desde J. R. R. Tolkien a J. K. Rowling, así como en la iconografía *new age* y *heavy metal*.

La influencia escandinava se ha extendido también más hacia el oeste. El vikingo noruego Leif Ericson descubrió América en el año 1000 d. C., si bien es cierto que, tras no haber sabido apreciar el atractivo de la *Terranova*, sin demora dio media vuelta y regresó a casa. No obstante, los esfuerzos escandinavos para poblar Norteamérica tuvieron un mayor éxito al cabo de 900 años, cuando 1,2 millones de suecos, junto con muchos noruegos y algunos finlandeses, cruzaron el Atlántico en barco. En algunos momentos de la década de 1860, una décima parte de todos los inmigrantes que llegaban a Estados Unidos era de Escandinavia, y muchos de ellos terminaron estableciéndose en Minnesota, donde el paisaje les recordaba a su hogar. En la actualidad, se calcula que en Estados Unidos hay casi cinco millones de noruego-estadounidenses y la misma cantidad de sueco-

estadounidenses. Si no hubiera sido por ellos, no habríamos tenido a Uma Thurman y Scarlett Johansson.

Lo que hace que esta obsesión que existe actualmente por lo nórdico sea tan inverosímil es que durante el siglo xx las influencias culturales populares tendieron a fluir sobre todo en dirección opuesta. Si te relacionas con hombres escandinavos de una cierta edad, por ejemplo, es casi seguro que la conversación en algún momento gire en torno a diferentes escenas de los Monty Python. Las mujeres, mientras tanto, compartirán recuerdos con ojos llorosos del elenco masculino de *Retorno a Brideshead* o del tiempo pasado en Londres trabajando como *au pairs*. Todos estarán familiarizados con *Arriba y abajo*, Trevor Eve y *Not the Nine O'Clock News*, y creerán firmemente que *Keeping Up Appearances* es un documental sobre la vida inglesa. A pesar de lo avanzado de sus sistemas educativos, los escandinavos son adictos a *Los asesinatos de Midsomer*. Ofréceles una casa rural recubierta de hiedra en los Cotswolds y un cadáver fresco y estarán en la gloria. En Dinamarca las noticias se hacen eco incluso de los cambios que tienen lugar en el gabinete británico. Me pregunto cuántos miembros de este gabinete pueden nombrar a sus homólogos daneses.

Quizá ese aire de familia, una cierta similitud superficial, es una de las razones por las que en Gran Bretaña en realidad no hemos tratado de ahondar más allá de las caracterizaciones novelescas de los escandinavos. Además, aunque las representaciones estereotípicas suelen incluir referencias a su liberalismo sexual y a su belleza física, de alguna manera aun así consiguen proyectar una imagen de seres píos, de luteranos santurrones. ¿No resulta muy ingenioso que te consideren al mismo tiempo increíblemente sexy y desmoralizadamente frígido? Tampoco ayuda que los escandinavos no sean nada echados hacia delante cuando deberían serlo: no son nada propensos a presumir. Va en contra de sus normas (literalmente, como descubriremos más adelante). Busca en el diccionario la palabra *reticente* y no encontrarás la imagen de un finlandés de pie, incómodo en una esquina, con la mirada clavada en los cordones de los zapatos, aunque eso es lo que debería salir.

Mientras escribía este libro, varias personas —incluidos algunos daneses y, en particular, muchos suecos— se mostraron verdaderamente

desconcertados ante la idea de despertar el más mínimo interés en alguien fuera de Escandinavia. «¿Por qué crees que la gente querrá saber de nosotros?», preguntaban. «¿Qué es lo que pueden esperar?». «Somos todos muy aburridos y tiesos». «Seguro que en el mundo hay gente más interesante sobre la que escribir. ¿Por qué no vas al sur de Europa?». Al parecer, los escandinavos tienden a verse a sí mismos un poco como lo hacemos nosotros, es decir, asépticos contenedores de reciclaje: funcionales y nobles, pero rebosantes de una insulsez infatigable que suele desalentar otras indagaciones más profundas. Industriosos, confiables y políticamente correctos, los escandinavos son los notarios de la fiesta, cinco países que disfrutan de Gobiernos locales liberal-demócratas, trabajadores sociales prestos a apuntar con su dedo acusador y cenizos sin sentido del humor.

Entonces, ¿cómo confío en mantener vuestra atención durante todo este libro? La respuesta es sencilla: encuentro a los daneses, suecos, finlandeses, islandeses e incluso a los noruegos absolutamente fascinantes, y sospecho que a vosotros os sucederá lo mismo una vez averigüéis la verdad sobre lo brillantes y progresistas, aunque también más raros que un perro verde, que pueden llegar a ser. Oprah habría llegado a descubrirlo también de haberse quedado más que una tarde, y yo por mi parte, finalmente y a regañadientes, he empezado a admitir que podemos aprender muchísimo de las tierras nórdicas: cómo viven su vida, cuáles son sus prioridades y el modo en que manejan su riqueza; cómo es posible mejorar el funcionamiento de las sociedades y cómo estas pueden ser más justas; cómo las personas pueden vivir su vida en equilibrio con su carrera, educarse de manera eficaz y apoyarse unos a otros; cómo, en última instancia, ser felices. También son muy graciosos, aunque no siempre lo hagan de forma intencionada, que, en lo que a mí respecta, es la mejor manera de serlo.

Me adentro un poco más en el milagro nórdico. ¿Existía un patrón escandinavo para una forma de vida mejor? ¿Había elementos de la excepcionalidad nórdica —así se ha acuñado este fenómeno— transferibles o eran específicos de una localización, una peculiaridad histórica y geográfica? Y, si los no escandinavos supieran de verdad cómo es vivir en esta parte del mundo, ¿seguirían envidiando tanto a los daneses y a sus hermanos del norte?

«Si tuvieras que volver a nacer en el mundo como alguien con una capacidad y talento medios, querrías ser vikingo», proclamó la revista *The Economist* de un modo algo irónico en una edición especial dedicada a los países nórdicos. Sin embargo, ¿dónde estaba el debate sobre el totalitarismo nórdico y lo estirados que son los suecos; sobre lo mucho que se han corrompido los noruegos a causa de su riqueza petrolífera, hasta el punto de que ni siquiera se molestan en pelar sus plátanos; sobre el hecho de que los finlandeses se automedican hasta perder la conciencia; sobre cómo los daneses se niegan a aceptar su deuda, el desvanecimiento de su ética laboral y su lugar en el mundo; y sobre cómo los islandeses son, fundamentalmente, unos salvajes?

Una vez empiezas a examinar con más detenimiento las sociedades nórdicas y las personas que las componen, cuando vas más allá de los tópicos escandinavos que hoy en día nos ofrecen los medios de comunicación occidentales —los suplementos dominicales que presentan casas de verano suecas pobladas por mujeres rubias con vestidos de estampados florales que sujetan cestas con ajos salvajes y están rodeadas de niños con el pelo ingeniosamente revuelto—, una imagen más compleja, a menudo más oscura y en ocasiones bastante preocupante comienza a aflorar. Esto lo abarca todo, desde los inconvenientes relativamente benignos de vivir en unas sociedades tan cómodas, homogéneas e igualitarias como estas (dicho de otro modo, cuando todo el mundo gana la misma cantidad de dinero, vive en los mismos tipos de casa, se viste igual, conduce los mismos coches, come la misma comida, lee los mismos libros, sus opiniones coinciden a la hora de hablar sobre la ropa de punto y las barbas, comparte en general un mismo sistema de creencias religiosas y va de vacaciones a los mismos lugares, las cosas pueden terminar volviéndose un poco sosas; más información sobre esto en los capítulos dedicados a Suecia), hasta llegar a las fisuras más graves que pueden apreciarse en la sociedad nórdica: el racismo y la islamofobia, el lento declive de la igualdad social, el alcoholismo y los amplios y desbordados sectores públicos que requieren unos niveles impositivos que cualquiera consideraría completamente descabellados salvo aquellos que hayan sentido su sigiloso

avance a lo largo de los últimos cincuenta años, como una marea mortal ahogando toda clase de esperanza, energía y ambición...

... ¿Por dónde iba? El caso es que sí, que decidí embarcarme en un viaje para tratar de llenar algunas lagunas en mi experiencia nórdica. Me dispuse a explorar estas cinco tierras con mayor profundidad, visitando varias veces cada una de ellas, reuniéndome con historiadores, antropólogos, periodistas, novelistas, artistas, políticos, filósofos, científicos, observadores de duendes y Papá Noel.

El viaje me llevaría desde mi hogar en la campiña danesa a las glaciales aguas del Ártico noruego, a los sobrecogedores géiseres de Islandia y a las tierras baldías del complejo de viviendas sociales más notorio de toda Suecia; de la gruta de Papá Noel a Legoland, y de la Riviera danesa a los guetos de inmigrantes.

Pero, antes de ponernos en marcha, debo indicar que la primera lección ofrecida —tras una larga pausa y un hondo suspiro— por un amigo diplomático danés que pacientemente había aguantado un discurso mío en el que incluí mucho de lo expuesto más arriba, fue la siguiente: técnicamente, ni los finlandeses ni los islandeses son auténticos escandinavos; este término se refiere únicamente a los habitantes de las tierras vikingas originales (Dinamarca, Suecia y Noruega). Pero, tal y como descubrí en mis viajes por la región, los finlandeses se reservan el derecho de decidir cuándo entrar y cuándo no en el club de los antiguos saqueadores en función de lo que les convenga en cada momento, y no creo que a los islandeses les siente muy mal que les pongan la etiqueta de escandinavos. En sentido estricto, si vamos a agrupar a los cinco países en un mismo saco, en realidad deberíamos emplear el término *nórdico*. Sin embargo, este es mi libro, así que me reservo el derecho a intercambiar ambos términos de forma prácticamente indistinta.

Así pues, comencemos nuestra búsqueda para desenterrar la verdad sobre el milagro nórdico, y qué mejor que empezar a hacerlo en una fiesta.

NORUEGA

1

Dirndl^[41]

El césped del Slottsparken está lleno de noruegos festejando y haciendo pícnic. El cielo es de un azul immaculado y, como siempre sucede en Escandinavia, por algún motivo parece estar más alto que en cualquier otra parte del mundo. No muy lejos de allí, una figura robusta con sombrero de copa saluda desde un balcón.

Hoy, en Oslo, disfrutamos de una rara alineación de buena fortuna: es *Syttende Mai* (17 de Mayo), el Día de la Constitución noruego, que este año ha caído en un domingo de temperatura espectacular; y anoche, Noruega, representada por un violinista nacido en Minsk que interpretaba una canción horrorosamente pegadiza inspirada en la música folclórica noruega, puso punto y final a las viejas pesadillas de *nul points* con una aplastante victoria en el Festival de Eurovisión. Ah, y no nos olvidemos: estas son las personas más ricas de la tierra, que como guinda no está nada mal.

Me he sumado a las multitudes que cubren las calles del centro de Oslo para presenciar el desfile anual de escolares que recorren la ciudad hasta el palacio real. El rey Harald V, con frac y chistera, el príncipe heredero con barba (su hijo Haakon) y otras figuras de la familia real noruega reciben a sus súbditos desde el balcón asintiendo con la cabeza y saludando con la mano.

La verdad es que los noruegos parecen estar bastante satisfechos con su suerte, aunque en el resto de Escandinavia el Día de la Constitución de Noruega se contempla con algo de condescendencia. El eminent etnólogo sueco Åke Daun, en cierta ocasión describió el 17 de Mayo noruego como un «delirio nacional». Preguntad a los daneses o a los suecos por este día y pondrán los ojos en blanco y se les escapará una risita, como si dijeran: «Los noruegos no son como nosotros. Ellos son muy nacionalistas. Se han quedado atascados en el pasado, pero como tienen todo ese petróleo pueden hacer lo que quieran». Hay quien incluso da un paso al frente y dice todo

esto en voz alta, y además añade que los noruegos son de derechas, reaccionarios, estrechos de miras, patriotas nacionalistas (y hablo de los daneses que, como ya hemos visto, colocarían su bandera nacional en la bandeja higiénica del gato a la menor oportunidad que tuvieran de celebrar algún aniversario gatuno).

Sospecho que parte del problema reside en cómo se visten los noruegos para su gran día. Son un poquito especiales, los noruegos, y el 17 de Mayo exhiben de muchas y extraordinarias maneras lo que significa ser noruego. Es la fiesta de disfraces definitiva.

Poco después de salir a las nueve de la mañana del hotel donde me hospedaba, empecé a encontrarme hordas de hombres, mujeres, niños y, en algunos casos, sus mascotas, todos ataviados con trajes regionales. Estos incluyen *dirndl*^[42] llenos de bordados, chales, pañuelos y levitas negras, rojas o verdes; sombreros de copa relucientes; botas con clavos y hebillas plateadas; calzas con botones brillantes; camisas blancas impecables con mangas de pirata, sombreros tradicionales y bombachos emperifollados: todo este atavío completo recibe el nombre de *bunad*. Los bebés llevan gorritos de encaje; los perros, cintas rojas, blancas y azules; los taxis, los tranvías y los cochecitos de bebé también portan los colores nacionales. Hay uniformes náuticos, bandas de música y, por supuesto, banderas, miles de ellas, grandes y pequeñas, que ondean y se agitan en la suave brisa primaveral.

Debo aclarar que no estamos hablando de una o dos figuras excéntricas rebosantes de entusiasmo en medio de la multitud, como el tipo de tez rubicunda que viste un traje estampado con la bandera británica durante un desfile real o el que acude disfrazado de Tío Sam a un desfile de veteranos estadounidenses. Un porcentaje muy elevado, tanto de los que marchan como de los espectadores, lleva alguna clase de elaborado atuendo rural de los siglos XVIII y XIX.

—Sí, en el norte somos algo especiales —me dice un espectador que está a mi lado al ver mi cara de perplejidad nada más llegar al desfile. Me sorprenden especialmente las adolescentes que, libre y orgullosamente, han decidido vestirse como un cruce entre la abuelita de Heidi y Eva Braun de vacaciones: cuando yo era adolescente, me negaba a salir de casa si existía

el más mínimo riesgo de que la ropa que llevaba puesta pudiera llamar la atención de mis compañeros—. Durante todo el día van a retransmitir esto por televisión, y también el resto de desfiles que se celebran en toda Noruega e incluso en las comunidades noruegas de Estados Unidos y Canadá —continúa el espectador a mi lado, quien de hecho es una de las pocas personas que va en ropa de paisano, y añade con una gran sonrisa—: *Gratulerer med dagen!*

«Asegúrate de ir arreglado para la ocasión», me avisó un amigo noruego que es chef cuando se enteró de que iba a estar en la capital de su país el 17 de Mayo. Agradecí el consejo. Si no llevaban alguno de los aproximadamente cuatrocientos trajes regionales que existen en las provincias noruegas (el más popular, según el desplegable de cuatro páginas dedicado a los distintos atuendos publicado aquel día en el tabloide *Dagbladet*, era el de Telemark), la mayoría de mis compañeros espectadores iban vestidos como si fueran de boda: los hombres y los niños con traje y corbata, gafas de sol y un exaltado exceso de gel en el pelo; las mujeres llevaban elegantes vestidos de verano y tacones, y las niñas vestían sus mejores trajes de fiesta nuevos. «Normalmente voy a trabajar en vaqueros y sudadera, pero si tengo que salir el 17 de Mayo, me pongo una camisa y zapatos», me había asegurado mi amigo. Era la primera vez en mi vida que iba de traje para asistir a un desfile público, pero me alegraba de haberlo hecho.

De todos los pueblos nórdicos, solo los noruegos conmemoran su mayoría de edad nacional con tanto fervor. Gastan alrededor de 30 millones de coronas en sus *bunader* (cada uno puede llegar a pagar hasta 70 000 coronas... ¡por un solo traje!). Aun así, las razones históricas de estas excéntricas celebraciones resultan opacas. La separación de Dinamarca y la redacción de la Constitución noruega en 1814, que es lo que se supone que celebran este día, en realidad no fue más que el punto de partida de un esfuerzo largo, lento y bastante discreto para liberarse de la atadura sueca que no culminó en la independencia total hasta 1905. Pero, incluso entonces, lo cierto es que no puede decirse que los noruegos escaparan del tiránico yugo de Estocolmo por agitar sus *dirndl*s y sus pistolas. La suya fue una independencia nacida de unas quejas persistentes a lo largo de muchas

décadas, seguidas de varias pequeñas escaramuzas en las calles de Oslo. Al final, Estocolmo terminó aprobando un referéndum, un gesto que estuvo basado en un razonamiento espectacularmente nefasto: los suecos pensaron que los noruegos votarían a favor de quedarse con ellos, pero votaron en contra.

Un noruego reconoció que el 17 de Mayo en realidad no era mucho más que un «que os jodan» dirigido a los suecos; de hecho, sus raíces proceden en gran parte del fin de la ocupación alemana en 1945. Me enteré de todo aquello un poco más tarde esa misma mañana mientras tomaba la cerveza más cara del mundo (más de 11 euros) en la terraza de una cafetería. Me puse a hablar con una profesora de colegio que daba clases en las afueras de Oslo.

—Fue una auténtica casualidad que el 17 de mayo coincidiera con la rendición alemana —me dijo. La fecha real era el 8 de mayo, pero es de suponer que los noruegos necesitaron algo más de una semana para decorarlo todo con banderitas y bruñir sus hebillas y así celebrar lo que tuvo que haber sido una fiesta callejera de órdago.

¿Y qué hay de los otros países nórdicos y de sus celebraciones nacionales? Únicamente Finlandia e Islandia han sido gobernados por una fuerza externa durante un periodo de tiempo significativo, por lo que tendría sentido esperar que sus días nacionales estuvieran más cargados de significado que los de Dinamarca o Suecia. Finlandia sí celebra su independencia de Rusia (que tuvo lugar en 1917), pero lo hace de una forma típicamente finlandesa, es decir, de manera introspectiva. El día se desarrolla casi en su totalidad en privado, en los hogares y por televisión, y yo personalmente sospecho que el hecho de que caiga en diciembre (cualquier tipo de desfile tendría que hacer frente a nevadas capaces de llegar hasta la rodilla) solo explica en parte que esto sea así. La verdadera razón es que los finlandeses simplemente son como son. Hay que decir que los finlandeses también son bastante especiales. Solo los islandeses, que comparten con los noruegos una predilección por llevar a cabo simulacros del siglo XIX ataviados con trajes campesinos medievales —imaginados con el mayor de los afectos—, celebran algo parecido; pero, en cualquier caso,

los islandeses son básicamente noruegos autoexiliados, así que no estoy seguro de que en verdad cuenten.

Los suecos se tienen por demasiado modernos como para consentir esta clase de fiestas de disfraces públicas. Además, nunca han sido ocupados, de modo que no tienen ninguna liberación que celebrar. En comparación, su «Día Nacional», el 6 de junio, es un acontecimiento poco entusiasta y forzado que está vinculado a su salida de la Unión de Kalmar en el siglo XVI. Por lo que tengo entendido, ese día tienen lugar esporádicos despliegues de banderas, pero en ocasiones los extremistas de la ultraderecha se han apropiado de esta manifestación patriótica, lo que ha terminado por confirmar el miedo compartido por muchos suecos de que esta clase de expresiones nacionalistas en realidad sirven para que los nazis salgan de su encierro. Algunos noruegos acusan a los suecos de estar celosos porque ellos sí pueden engalanarse y ondear sus banderas el 17 de Mayo, pero creo que es justo decir que, si los suecos adoptaran el enfoque noruego, una celebración similar se convertiría en una fuente de vergüenza mortificante para al menos la mitad de la población. Este tipo de romanticismo nacional nórdico aún provoca incómodos recuerdos de las alianzas que los suecos mantuvieron con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Los noruegos, por el contrario, lucharon contra los alemanes con una determinación mucho mayor que cualquiera de sus hermanos escandinavos, de modo que no tienen ningún reparo en revivir una iconografía que, de otra manera, resultaría pasada de moda.

Los daneses, mientras tanto, considerarían absurdo todo esto puesto que solo han estado bajo el yugo de los alemanes unos pocos años durante la Segunda Guerra Mundial (una ocupación que no fue, seamos sinceros, demasiado grave contemplada desde una perspectiva más amplia). Ya hemos visto que jamás encontrariamos a un grupo de ondeabanderas más ferviente fuera de Pionyang pero, tristemente para ellos, los daneses tendrían dificultades para reunir cualquier tipo de traje nacional que vaya más allá de unos vaqueros y un casco de bicicleta.

Nos hemos quedado, pues, con los noruegos como los principales defensores del nacionalismo público en toda su gloria del que es tan sencillo burlarse. Por norma general, no dudo en cebarme sobre blancos de

burla fáciles, pero, a medida que me iba mezclando con la multitud ataviada con *dirndl*s por las calles de Oslo, poco a poco, y de forma bastante inesperada, empecé a notar que mi concepción de los noruegos y de sus celebraciones del 17 de Mayo se iba transformando.

De entrada, hace falta mucho desparpajo para plantarse encima unos bombachos, envolverte en una gran capa de color marfil y salir a caminar con grandes zancadas por las calles de una capital europea del siglo XXI pareciéndote a alguien que acabara de escaparse de la Tierra Media. También demuestra una confianza tribal envidiable, un vínculo a un pasado más inocente y menos complicado, uno que la mayoría de nosotros dejamos atrás cuando James Watt inventó su máquina a vapor y todos nos marchamos a vivir entre ladrillos y humo. En Gran Bretaña, los escasos rastros que quedan de esta clase de tradiciones románticas son el blanco fácil de los cómicos que prefieren no esforzarse (o del director de orquesta sir Thomas Beechman, que una vez dijo: «En esta vida hay que probarlo todo al menos una vez, excepto el incesto y los bailes folclóricos»). Es posible que el *Syttende May* responda sobre todo al resurgimiento en la época de posguerra de una identidad nacional forjada artificiosamente a finales del siglo XIX, la ensueñación romántica de unas tradiciones rurales que probablemente nunca existieron, pero es imposible dudar de la sinceridad de aquellos que participan en esta celebración.

La abrumadora impresión que sentí aquel día, de pie en las anchas y limpias calles de Oslo, fue la de un país totalmente tranquilo consigo mismo, la de unas personas que no solo disfrutaban de una riqueza material vastísima, sino de una cohesión civil igualmente valiosa que se enraizaba en lo más profundo de la historia que compartían; o, si lo preferís, de un sólido capital nacional-espiritual. Por el simple hecho de salir vestidos con aquellos intrincados, caros y, quizás a ojos de algunos, estúpidos trajes regionales, los noruegos se estaban mandando señales unos a otros: «Yo soy como tú. Compartimos la misma historia, los mismos valores, y estoy dispuesto a gastarme cantidades ingentes de dinero, a tomarme enormes molestias sartoriales y a arriesgarme a la humillación pública para demostrarlo».

Al final, pasé un par de horas muy felices en las calles del centro de Oslo viendo el tradicional desfile infantil —un buen número de ellos no eran étnicamente noruegos—, desde alumnos del jardín de infancia a adolescentes, y aquel día tuve envidia de Noruega. Envidié su sentimiento de unidad, su orgullo imperturbable y, sí, las capas. En el mundo debería haber más capas. A mí una capa me quedaría genial.

En cierto momento, un grupo multicolor de niños menores de diez años pasó por delante de donde yo estaba. Avanzaban de esa manera distraída que caracteriza el modo de desfilar de los menores de diez años en cualquier parte, y tuve que luchar conmigo mismo para no ponerme a llorar. Es cierto que esto debería ser tenido en cuenta dentro del contexto de un hombre que se ha vuelto lamentablemente proclive a las lágrimas (en estos momentos de mi vida, las películas de Pixar son prácticamente imposibles, y solo puedo ver los grandes acontecimientos deportivos en privado), pero ¿qué diantres era todo aquello? Cuando pasó una niña somalí esforzándose con gran orgullo en llevar una bandera tres veces más grande que ella, seguida de un niño sij que lucía un auténtico *bunad*, me las vi y me las deseé para suprimir un colapso de mocos total. Y eso sí que habría hecho girar cabezas. Lo que me había llegado al alma no había sido solo el hecho de su etnicidad, sino que aquellos niños somalíes, turcos, iraquíes y paquistaníes se habían sometido a la estética de *Dragones y mazmorras* con la misma intensidad que sus compañeros noruegos «puros». Ellos también estaban orgullosa e inconscientemente vestidos como los *hobbits* con sus mejores galas domingueras. Y... ¿acaso existe mayor asimilación que esta?

Hace no mucho, en los años ochenta de hecho, Noruega estaba plagada de actividad derechista, con desfiles por la calles, incendios provocados en centros de asilo, manifestaciones de *skinheads* neonazis por la calles de Oslo y ataques a inmigrantes no occidentales. Pero entonces, en 2001, los miembros de un grupo neonazi llamado Boot Boys fueron declarados culpables del asesinato de un chico oslense mestizo de quince años. Hubo una protesta pública, una manifestación masiva en Oslo a la que asistieron 40 000 personas, y todo el mundo dio por sentado que la extrema derecha había retrocedido a las zonas salvajes de Internet. En torno a la misma época, los colegios de Oslo donde estudiaba un número elevado de niños

cuyos orígenes no eran occidentales, y quienes habían querido participar en las celebraciones del 17 de Mayo, habían sido el objetivo de amenazas de bomba y manifestaciones por parte de la misma calaña de matones de extrema derecha. En respuesta a esto, las autoridades locales y diversos grupos cívicos realizaron un esfuerzo consciente para hacer del 17 de Mayo un acontecimiento inclusivo y activamente multicultural. Parecía haber funcionado a la perfección, o al menos así es como a mí me lo pareció aquella mañana.

Más tarde ese mismo día, en la cadena de televisión NRK1, en medio de la retransmisión en directo del resto de rituales del 17 de Mayo (a menudo desconcertantes y arcanos) que se desarrollan a lo largo y ancho de la Noruega rural (en Tjøtta, en Nordland, unos niños empujaban un barril de petróleo por un camino sucio metido en un carrito de supermercado y lo golpeaban con martillos), vi a un periodista en traje tradicional preguntar a una mujer iraquí su opinión acerca de qué significaba ser noruego: «Ser democrático, socialista, pluralista. Quizá no muy extrovertido», contestó. Otros comentaristas quisieron subrayar la idea de que cualquiera, inmigrante o no, podía convertirse en noruego, y que uno de los valores fundamentales de la nación era «no sentirse amenazado». Otro señaló que los antecedentes rusos del concursante que había ganado el Festival de Eurovisión la noche anterior eran un buen ejemplo de la «nueva Noruega»: «Debemos estar orgullosos de tener tantos acentos», añadió.

Mientras miraba la televisión, me llamó la atención un titular que aparecía en uno de los periódicos de aquel día: «Nada puede unirnos tanto como el 17 de Mayo... y nada puede separarnos tanto como el 17 de Mayo». Inspeccioné de arriba abajo el artículo en busca de pruebas sobre el conflicto al que aludía el titular. ¿Era verdad que había noruegos que se oponían al 17 de Mayo? Resultó que la controversia —y era una de las grandes: el artículo ascendía a cinco páginas— giraba en torno al ligero cambio de ruta del desfile del 17 de Mayo celebrado en una localidad llamada Hadeland. No tenía que ver con que hubiera personas que quisieran detener el acto, o que no estuvieran interesadas en unirse a la fiesta, sino con la indignación que había provocado la decisión tomada por un concejal local de que el desfile no pasara por delante de una residencia de ancianos.

Después de asistir al acto de la mañana y de devolver el saludo con gran entusiasmo al lejano rey, me senté en una orilla de césped y observé cómo metían a los niños más pequeños en autobuses y autocares y se los llevaban del centro de la ciudad. Al parecer, había llegado la hora de que comenzara la verdadera fiesta: el desenfreno de los graduados de secundaria.

Por toda Escandinavia, los estudiantes que se graduán del *gymnasium* (instituto) lo celebran desfilando por sus ciudades subidos en la parte trasera de una variedad de vehículos con el techo descubierto, camiones y autobuses, aferrados a bolsas que tintinean con alegría y saliendo de fiesta todos con todos. En Dinamarca y Suecia, por alguna razón, llevan gorras con visera blancas que recuerdan vagamente a las de los marineros, de modo que parece que todos forman parte de algún club náutico. La graduación suele coincidir en día laborable, y puede llegar a producirse una extraña disonancia al observar a todos aquellos que se dedican a sus quehaceres diarios cotidianos y al mismo tiempo ver cómo una pequeña parte de la sociedad pierde los papeles de manera espectacular (lo he llamado «desfile» de graduados, aunque en realidad nadie se agolpa para verlos pasar). Una tarde que estaba con mi familia en una playa cercana a donde vivimos en Dinamarca, llegó un camión lleno de graduados que enseguida se quitaron la ropa y corrieron a meterse en el mar. En Gran Bretaña o en Estados Unidos se habría procedido a cubrir los ojos de los más pequeños, a soltar chasquidos de desaprobación a diestro y siniestro y puede que hasta se hubiera acabado avisando a la policía, pero, en Dinamarca, los otros padres se rieron y aplaudieron mientras un desfile de poda pública recortada a la última pasaba dando brincos por delante de sus hijos.

Mientras que los siempre prudentes suecos celebran esta fiesta *después* de hacer los exámenes, en Noruega se pegan una buena juerga *antes* de examinarse, lo que puede verse como una señal de confianza colectiva o de nihilismo total. Además de las gorras de marinero, los estudiantes noruegos también llevan pantalones de peto rojos. Los petos están adornados con banderas e insignias y, al menos aquel año, se llevaban con los tirantes

colgando. (Otra cosa rara fue que los graduados se dedicaban a repartir tarjetas de visita especialmente impresas para la ocasión —*Russekort*— en las que aparecía su foto y uno o dos chistes. Los niños más pequeños —a los que no habían metido a toda prisa en autobuses para sacarlos de la ciudad— correteaban por todas partes, intentando recoger cuantas más, mejor. Era una estampa preciosa). Muy pronto los *dirndl*s y las capas fueron sustituidas por un mar de petos rojos bailando y balanceándose, entrelazados a veces, una maraña de extremidades rojas y, a medida que se desarrollaba la jornada, muchos acababan boca abajo en el césped.

Aquel día nadie se quedó en cueros en Oslo, pero le dieron a la bebida a base de bien. Esta era la legendaria *helgefylla* (el término noruego para el consumo compulsivo de alcohol), en la que los que celebraban el Día de la Independencia y los graduados salían de juerga, cantaban y hacían cabriolas entre las torres *yuppies* de cristal reluciente levantadas en la zona reurbanizada del puerto, Aker Brygge, donde se encuentran algunos de los bares más pretenciosos de la ciudad y las propiedades inmobiliarias más caras. Allí, junto al puerto, con la impresionante nueva Ópera de la ciudad flotando como una esquirla de hielo a escasa distancia, la ingesta de alcohol empezó en serio en torno a la hora de comer y no decayó hasta la mañana siguiente. Parecía que la mitad de Noruega estuviera en Oslo aquel día con la expresa voluntad de pasárselo bien. A primera hora de la noche, las calles estaban inundadas de botellas de champán vacías. La canción ganadora de Eurovisión, *I'm in Love with a Fairytale*, atronaba desde numerosos altavoces apoyados en los alféizares de las ventanas en Frognerveien, donde las cafeterías y los bares estaban atestados de gente y los clientes salían armando gran alboroto bajo el sol de la madrugada. Mujeres con pesadas faldas llenas de bordados que les llegaban hasta los tobillos bailaban con hombres que llevaban capa; jóvenes en pantalones de peto rojo bailaban con otros jóvenes con gorras rojas de marinero. Era un día estupendo para estar en Noruega.

Al cabo de poco más de dos años, mientras trabajaba en el despacho de mi casa un sábado por la tarde, leí un titular en la pantalla del ordenador: había explotado una bomba de gran tamaño en Oslo. Poco después comenzaron a aparecer noticias sobre un hombre armado que había

disparado a varias personas —se hablaba incluso de quince— en un campamento de verano del Partido Laborista en la isla de Utøya, a unos cuarenta kilómetros al noroeste de la capital.

2

Egoiste

«La inocencia se termina cuando a uno le roban la ilusión de que se cae bien a sí mismo».

Joan Didion

Incluso a mediados del invierno, el sol es tan nítido que me obliga a entrecerrar los ojos al reflejarse en la nieve y hacer que el paisaje se convierta en una caja de luz.

El aire es fresco y al salir de la terminal de llegadas del aeropuerto me llega un intenso olor a pino. El conductor del autobús me suelta un gruñido cuando le pregunto si va al centro de Oslo. Asumo que la respuesta es sí, pero, mientras avanzamos, escudriño ansioso el horizonte en busca de pistas que confirmen que vamos en la buena dirección. Pasamos junto a los puertos de yates que pueblan los fiordos alrededor de Oslo y, entre las coníferas reglamentadas, atisbo a algunos de esos excursionistas con equipamiento fluorescente que portan bastones de alta tecnología y que parece que han perdido los esquíes avanzando a grandes zancadas en fila de a uno por los senderos de las laderas forestales. Entonces me acuerdo de lo increíblemente bonita que es Noruega. Es posible que sea el país más bonito que haya visto nunca.

Hace siete meses que un oslense de treinta y dos años, el extremista de derechas y racista Anders Behring Breivik duplicó, sin ayuda de nadie, la tasa media anual de homicidios en una sola tarde, matando a un total de 77 personas. Uno de los principales tormentos que achacaba a los inmigrantes no occidentales —que eran los sujetos indirectos de los ataques que llevó a cabo aquel día— era que los consideraba responsables de la mayoría de los crímenes violentos que se producían en Noruega. Bueno, pues ya no lo eran.

Desde mi asiento en el autobús tengo la impresión de que nada parece haber cambiado. ¿Qué era lo que me esperaba? ¿Alambre de púas y patrullas policiales? Eso era poco probable en una tierra donde el entonces primer ministro, durante la ceremonia conmemorativa por los muertos de Utøya y las víctimas de la bomba de Oslo, pronunció uno de los discursos más valientes en defensa de la libertad pública que he oído en mi vida. Jens Stoltenberg hizo un llamamiento a «una mayor amplitud de miras, una mayor democracia» en un momento en el que la gran mayoría de los políticos de todo el mundo habrían usado un ataque de aquella naturaleza para prometer venganza, explotar los medios del electorado, hacer acopio de más poder y autoridad y, a continuación, comprometer las libertades civiles. Su discurso fue un recordatorio de que los líderes políticos del norte con frecuencia han sido la brújula moral del mundo.

Deambulando por la capital —entre otras cosas, tratando de encontrar un restaurante que pudiera permitirme, echando un vistazo a los menús expuestos en el exterior como una cerillera hambrienta—, el ambiente parecía confirmar mi impresión inicial: muy poco había cambiado. No había barricadas en las calles de Oslo ni nuevas medidas de seguridad en aquella ciudad recia y contenida; no había aparatos de rayos X en el metro ni policía armada patrullando los centros comerciales; no había que pasar por controles de seguridad en las instituciones públicas. Todavía era posible llegar caminando hasta la mismísima puerta del palacio real, que seguía libre de cualquier clase de cercas o compuertas.

Así pues, el mobiliario y el tejido de la sociedad noruega no parecían haber sufrido alteraciones, y más tarde ese mismo día, mientras tomaba el tren a Blindern (la parada de la Universidad de Oslo) se me ocurrió que el mero hecho de hacer esa pregunta: «¿Cómo ha cambiado Breivik Noruega?» era concederle una importancia muchísimo mayor de la que nunca le corresponderá. No obstante, era una pregunta necesaria, y por eso había vuelto.

Aunque finalmente fue declarado perfectamente sano, aquel narcisista trastornado, hijo de un diplomático noruego y de una enfermera, a ojos del observador medio estaba claramente loco, habiéndose al parecer fracturado

su bienestar psicológico —esto si asumimos que alguna vez hubiese estado entero— a una edad muy temprana.

Su crisis nerviosa se había visto agravada por una serie de reveses personales ocurridos ya en edad adulta y, en retrospectiva, su vida parecía haber trazado una parábola hacia algún tipo de destrucción (su suicidio en algún momento futuro habría sido el punto final más natural). Breivik era el clásico solitario trágico que vivía con su madre y alimentaba su paranoia racista navegando por páginas web que despotricaban contra el islam; como un *nerd* meticuloso cortaba y pegaba estas parrafadas en un manifiesto distorsionado de 1500 páginas en el que detallaba absolutamente todo, desde sus delirios múltiples y llenos de odio sobre la amenaza musulmana a su loción favorita para después del afeitado —Chanel Platinum Egoiste—, una diatriba que después envió por correo electrónico a 1003 personas repartidas por toda Europa.

¿Qué podrían decírnos las acciones de un hombre enfermo sobre el país que lo engendró? Supuestamente nada. Sin embargo, los ataques de Breivik debieron de sacudir las bases de la sociedad noruega —la escala sin precedentes de su matanza así lo garantizaba—, pero además era necesario lidiar con el hecho ineludible de su origen étnico. Este inimaginable acto de violencia lo había llevado a cabo un noruego, no un extremista no occidental islámico, un extranjero —como había sido el caso de otros ataques afortunadamente de menor escala que se han producido en Suecia y Dinamarca en los últimos años—, sino un noruego nacido y criado en Noruega: el primer terrorista europeo antimusulmán.

—La primera imagen que vi de él el 22 de julio fue esa en la que llevaba el jersey de Lacoste con el cuello del polo subido —me dijo un noruego—. Y, ¿sabes?, pensé: «Lo conozco. Le he visto en partidos de fútbol, he ido al colegio con este tío». Así de común era.

He de admitir, y no estoy especialmente orgulloso de esto, que tuve una mínima sensación de alivio cuando, a las pocas horas de que la primera bomba detonara en el centro de Oslo y los medios de comunicación internacionales ya hubieran saltado a las conclusiones estándares sobre terrorismo islámico, la identidad real del autor del crimen salió a la luz y se descubrió que era tan noruego como el que más. El alivio de que no hubiera

sido obra de terroristas islámicos fue, por supuesto, algo completamente separado de cualquier reacción ante el propio crimen, y estuvo más relacionado con el miedo a las posibles represalias que un ataque como aquel podría haber inspirado. Un ataque llevado a cabo por terroristas islámicos tan atroz como este habría provocado el retroceso inmediato del discurso político en materia de inmigración y raza hasta el medievo. Es de suponer que la vida se habría vuelto insostenible para muchos de los musulmanes que allí vivían, como fue el caso en Estados Unidos tras el 11S; y también es de recibo suponer que la derecha convencional de toda Escandinavia habría utilizado el ataque para apuntalar su apoyo, como también sucedió después de 2001. En las horas previas a que se diera a conocer la identidad de Breivik, diversas páginas web y blogs de extrema derecha ya habían comenzado a dar rienda suelta a sus predecibles y violentas opiniones antiislámicas, y numerosos musulmanes fueron atacados físicamente en la capital noruega.

Ciertamente, el Servicio de Policía de Seguridad de Noruega no había previsto un acontecimiento de tal calibre: en un informe redactado pocos meses antes de que se produjeran los ataques, afirmaron que los extremistas de ultraderecha «no representan una amenaza seria para la sociedad noruega en 2011».

No resulta difícil presuponer que habría sido algo más sencillo —muy poco, ni que decir tiene— asumir los ataques si el autor de los mismos hubiese sido un extranjero, alguien que perteneciera a una categoría previamente establecida como agresora. En vez de eso, se trató de un «patriota» noruego de ojos azules y pelo rubio. Uno de los suyos.

Los noruegos reaccionaron a los ataques de diversas maneras: con horror, obviamente; con solidaridad, sobre todo; con asco hacia las opiniones de Breivik, desde luego. Pero algunos sintieron que se había discutido mucho acerca del estado mental de Breivik y, en cambio, no lo suficiente sobre sus ideas y el grado en que otros noruegos podrían estar de acuerdo con ellas. Un noruego, en un comentario a un artículo publicado en la página web del periódico *The Guardian* sobre una producción teatral danesa basada en el manifiesto de Breivik estrenada, con bastante mal gusto, durante su juicio, escribió: «En Noruega ha habido muy poco debate

sobre lo que dijo, y lo cierto es que está bastante menos alejado de las actitudes predominantes de lo que mucha gente está dispuesta a aceptar: aunque la mayoría de los noruegos no son racistas, algunos mantienen unas ideas profundamente preocupantes [...] Noruega necesita hacerse una serie de preguntas muy importantes sobre la mayor atrocidad mundial cometida por un solo hombre armado precisamente aquí, en este país aparentemente pacífico y armonioso donde nunca pasa nada malo».

Antes del 22J, como son comúnmente conocidos los ataques en Noruega, el país tenía el partido de extrema derecha más fuerte de toda la región nórdica, y uno de los más fuertes de Europa: el *Fremskrittsparti* o Partido del Progreso. Aunque su popularidad se hundió tras los ataques perpetrados por Breivik, en las elecciones parlamentarias celebradas en septiembre de 2013, el Partido del Progreso, liderado por el belicoso Siv Jensen, obtuvo el 16,3 por ciento de los votos. Su triunfo resultó aún más sorprendente dado que Breivik fue, durante muchos años, un miembro muy activo del partido. Hasta 2013, el Partido del Progreso había sido rechazado de forma rutinaria por el resto de partidos políticos, pero, crucialmente, aquel triunfo electoral fue suficiente para que, por primera vez en su historia, se convirtiera en un socio de la nueva coalición de Gobierno de centro-derecha.

El éxito electoral sin precedentes del Partido del Progreso parecería confirmar el retrato de los noruegos que yo había escuchado en boca de sus vecinos: un poco más hacia la derecha del Ku Klux Klan. Noruega ha aceptado a muchísimos menos inmigrantes que Dinamarca o Suecia, por ejemplo, y recientemente ha tomado medidas para repatriar a aquellos a los que ha negado la petición de asilo, a razón de unos 1500 al año.

La cobertura de los ataques de Breivik también se hizo eco de numerosas organizaciones, activistas y blogueros noruegos de derechas, poniendo de relieve lo que parecía ser una alarmante subcultura de islamofobia en el país: desde grupos de Facebook a gente que se negaba a subir en taxis conducidos por musulmanes, pasando por la llamada escuela de Eurabia, la cual estaba convencida de que el Gobierno formaba parte de una conspiración desde principios de los años setenta en la que participaban distintos Gobiernos europeos sedientos de petróleo para permitir que los

musulmanes tomaran el control de Europa y así apaciguar a las naciones de la OPEP^[43] (hay quien realmente cree esto, y el hecho de que Noruega sea uno de los mayores productores de petróleo del mundo, en cambio, parece escapárseles).

En una visita anterior a Noruega, leí en el *Dagbladet* que David Irving, el periodista británico negador del Holocausto, iba a dar una conferencia cerca de Lillehammer esa misma semana. Aunque los noruegos presumen con orgullo de haber ofrecido un movimiento de resistencia a los nazis más activo y eficaz que los daneses, lo cierto es que algunos sí colaboraron con los alemanes durante la ocupación que duró de 1940 a 1945, en particular el entonces primer ministro Vidkun Quisling, cuyo apellido fue adoptado de manera insigne en todas partes como epónimo de *traidor*. La figura literaria más célebre de Noruega, Knut Hamsun (algo así como el James Joyce patrio), regaló su Premio Nobel a Goebbels y dedicó un famoso obituario a Hitler en el periódico colaboracionista noruego, el *Aftenposten*, donde lo describió como «un reformador del más alto rango», y añadió: «Nosotros, sus partidarios, inclinamos nuestras cabezas ante su desaparición». La reputación de Hamsun en realidad nunca llegó a recuperarse. El *Aftenposten* continúa siendo el diario más popular del país.

¿Cómo de derechas era en verdad Noruega? ¿Cómo habían alterado el panorama político las acciones de Breivik? ¿Se habían simplemente escondido las camisas negras en los fondos de los armarios, ocultado los tatuajes de esvásticas en el cuello y retirado los troles islamófobos de Internet para lamer sus heridas?

3

Los nuevos Quisling

«Inmediatamente después del ataque terrorista, todo el mundo seguía conmocionado. Nadie podría haber anticipado que sucediera algo así. Era demasiado atroz. Muchos de nosotros, los que habíamos estado siguiendo aquellas páginas web, esperábamos brotes violentos desde esos círculos, y yo había sido blanco de sus ataques al haberme convertido en un símbolo de todo lo que estaba mal en Noruega. Pero no nos esperábamos que ocurriera de esa manera. Quizá ataques a musulmanes o a gente como yo, destacados defensores del pluralismo, pero nada como aquello».

He venido a la Universidad de Oslo, bastión de la intelectualidad multicultural que Breivik tanto despreciaba, para reunirme con Thomas Hylland Eriksen, uno de los antropólogos sociales preeminentes de Escandinavia.

Había conocido por primera vez a Eriksen durante aquel viaje con motivo del 17 de Mayo en 2009, y habíamos hablado sobre el Día de la Constitución noruego y su significado. Eriksen solía aparecer a menudo en la cobertura televisiva de ese día para ofrecer un punto de vista divergente que desequilibrara los distintos actos como miembro del incómodo escuadrón pluralista de Noruega. Pero en los últimos años su manera de pensar había cambiado. «Antes es verdad que no me gustaba —me había dicho el 17 de Mayo—. Pero el fondo ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Hoy en día es muchísimo más inclusivo, casi podría considerarse una celebración del multiculturalismo. Por primera vez en muchos años, niños de etnias minoritarias participan y se les permite hacer lo mismo que al resto. Con frecuencia se interpreta de forma errónea, pero yo encuentro que es esperanzador que se esté convirtiendo en un ritual de inclusión,

como el Día de Australia en Australia. La mayoría de la gente que ahora mismo muestra un gran entusiasmo por el Día de Australia son inmigrantes de Asia oriental que de verdad sienten un profundo interés».

Esta segunda vez quería saber cómo pensaba Eriksen que las atrocidades cometidas por Breivik podrían afectar en el futuro al 17 de Mayo. No estaba seguro:

—Porque todos quieren un trozo del pastel, ¿sabes? Muchos grupos tratarán de apropiarse de él para conseguir sus propios objetivos..., ya lo están intentando, incluso la derecha islamofóbica, que se presenta a sí misma como víctima. Sostienen que el multiculturalismo fue la causa definitiva del 22J. Es como decir que Estados Unidos se tenía merecido el 11S. Es de muy mal gusto, pero eso es lo que dicen. Simplemente tratan de desviar las críticas que reciben, según las cuales ellos fomentan la violencia, no el tipo de violencia que vimos el 22 de julio, pero violencia al fin y al cabo, violencia, resentimiento y sospecha.

Sorprendentemente, la derecha noruega —los antimulticulturalistas e islamófobos, en algunos casos los mismos blogueros que Breivik mencionaba en su diatriba— ha logrado dar la vuelta al discurso tras los ataques de Breivik. Alega que los medios de comunicación ahora se dedican a autocensurar las discusiones que giran en torno a la inmigración y a los musulmanes noruegos (se calcula que conforman alrededor del 3 por ciento de la población), y que son ellos —la derecha— los que sufren opresión. Están utilizando los asesinatos de Breivik a su favor. Un destacado crítico de derechas, Bruce Bawer, estadounidense expatriado y defensor de Eurasia residente en Noruega, escribió una columna de opinión ahora tristemente célebre en el *Wall Street Journal* poco después de los ataques de Breivik en la que exponía este mismo argumento. Y esa misma mañana había leído una crítica en un periódico noruego sobre el último libro electrónico de Bawer, titulado *The New Quislings: How the International Left Used the Oslo Massacre to Silence Debate About Islam* (*Los nuevos Quisling: Cómo la izquierda internacional utilizó la masacre de Oslo para silenciar el debate sobre el islam*).

Al parecer, Eriksen aparecía mencionado en el libro como uno de esos nuevos Quisling, por no hablar de antisemita.

—¡Eso es nuevo! —se rio cuando se lo dije—. Es la primera vez que lo oigo.

Le pregunté si temía por su seguridad.

—No, no me asusto fácilmente. Recibo un montón de correos electrónicos desagradables desde hace muchos años, pero ¿qué se puede hacer? No puedo ir todo el día con protección policial, y en cualquier caso, no la quiero. Después del 22J, claro está, estos ataques personales han adquirido un significado ligeramente distinto. La gente emplea todas estas violentas metáforas de la guerra civil, los traidores y los Quisling, y de repente todo te hace mucha menos gracia. Antes toda esta gente me parecía la mar de cómica, pero ahora se ha convertido en un asunto muy emocional.

Como ya he mencionado, desde mi segunda visita a Eriksen, Noruega ha celebrado elecciones generales, y actualmente estos cómicos están en el poder (el Partido del Progreso forma parte de la nueva coalición de Gobierno, conocida como la coalición «azul-azul». El partido comenzó su andadura a principios de los años setenta como un movimiento antiimpuestos. Hoy funciona como una clase de plataforma híbrida de derechas más estado de bienestar que podría resultar bastante extraña desde una perspectiva británica o estadounidense, dada la mezcla que supone exigir un aumento del gasto público haciendo hincapié en el cuidado de las personas mayores, y a la vez pintar de un modo derechista más tradicional una imagen muy negra de los inmigrantes no occidentales. Es un modelo similar al utilizado por el Partido Popular Danés, pero nunca debes cometer el error de decirle esto al Partido del Progreso, como hice yo cuando en su momento traté de organizar una entrevista con ellos (antes del éxito electoral alcanzado en 2013). Esta fue la respuesta que recibí de su secretario de prensa:

No tenemos ningún tipo de relación con ninguno de estos partidos, nunca la hemos tenido y nunca la tendremos. Hablaremos más sobre esto cuando nos reunamos. El único punto en común que tenemos con estos partidos a los que usted hace referencia es que hablamos con un tono franco sobre el debate de la inmigración. Nada más.

Bueno, eso ya decía algo. No obstante, cuando le pregunté a un amigo noruego por el Partido del Progreso, repuso:

—Todo el mundo sabe que cuando se trata de ser desagradables con los inmigrantes, ellos están mucho más capacitados para ello que los laboristas. Es decir, si quieres ser desagradable con los inmigrantes, vótale a ellos.

Antes de Breivik, la retórica del Partido del Progreso había sido bastante extrema (un antiguo líder había afirmado que todos los musulmanes eran terroristas, por ejemplo, y que estaban «a la par con Hitler en el sentido de que tenían un plan a largo plazo para “islamificar” el mundo. No les falta mucho para conseguirlo: se han adentrado en África y están bien encaminados en Europa. ¡Debemos pronunciarnos!». En el transcurso de unas elecciones anteriores —y antes también de los ataques de Breivik—, el partido había repartido hojas informativas en las que aparecía un hombre enmascarado con una pistola y el siguiente texto: «El perpetrador es extranjero».

Concerté una cita para hablar con el portavoz de Asuntos Exteriores del partido, Morten Høglund, y acudí a las oficinas del partido, ubicadas en un edificio justo detrás del Storting^[44] (que, debo añadir, carecía prácticamente de seguridad).

¿Qué sensación había tenido Høglund al descubrir que Anders Behring Breivik había sido miembro de su partido durante siete años, presidente de la organización local de las juventudes del partido, por no mencionar el hecho de que su partido era el único de toda Noruega que no aparecía incluido en la lista negra de Breivik de partidos políticos europeos, lo que lo situaba al lado de organizaciones como la Liga de Defensa Inglesa (y Jeremy Clarkson)^[45] en el bando de los chicos buenos?

—Él era uno de los vuestros, ¿no es así?

—Fue asqueroso. Pero también estaba molesto con nuestro partido —repone Høglund, un hombre corpulento cuyo aspecto recuerda al de un tabernero de pueblo—. Tenemos que pensar: ¿alimentamos la situación cuando hablamos de problemas relativos a la inmigración? Sin embargo, cuando hablamos de islam, nos estamos refiriendo al islam radical, no al islam como religión. Nosotros aceptamos la libertad de tener la fe que se quiera, la libertad de construir una mezquita.

(Algo a lo que, es menester señalar, el Partido Popular Danés se ha opuesto sistemáticamente).

Al día siguiente volví a la universidad y me reuní con otro de los nuevos Quisling señalados por Bawer: Sindre Bangstad, un antropólogo social especializado en el estudio de la vida de los musulmanes en Noruega.

—Sí, parece ser que estoy en contra de la libertad de expresión —se rio sin ganas—. Es a lo que te arriesgas si expresas públicamente cualquier tipo de opinión que responda a temas relacionados con la inmigración en Noruega. Recibo mensajes de odio con regularidad, por lo que nada de esto es nuevo para mí. En su panfleto, Breivik considera las universidades como un blanco fácil (aparece en sus instrucciones para terroristas potenciales que actúen en solitario), pero —dice riéndose con desdén, tratando de aligerar el ambiente— parece estar convencido de que el departamento de Sociología es mucho peor cuando incluye a marxistas.

Había ido a visitar a Bangstad porque era un experto en la derecha noruega. Le pregunté hasta qué punto las opiniones de Breivik representan las de los noruegos comunes y corrientes.

—Bueno, Breivik afirmaba que tenía al 35 por ciento de la población de su parte, pero esa es una creencia completamente delirante. Es cierto que existen páginas web como document.no [un infame sitio web antiislamista] que reciben 50 000 visitas al mes. Uno de los peores grupos, SIAN [*Stopp islamiseringen av Norge*], afirma tener 10 000 seguidores en Facebook, aunque cuando tratan de movilizarlos, se presentan tan solo alrededor de unos treinta. Muchas personas argumentan que gran parte de la retórica que puede advertirse estos días en diversas páginas web es igual de deplorable que la que ya existía antes del 22J, y, si echas un vistazo a las encuestas de opinión, las actitudes hacia los inmigrantes, musulmanes y el islam en Noruega no han cambiado substancialmente. Tampoco era de esperar.

Pero ¿qué hay del hombre de la calle? ¿Hasta qué punto es racista el noruego común? Mencioné a Bangstad que una vez tras otra me seguía escandalizando ante una clase de racismo despreocupado que encontraba bastante extendido a manos del tipo de fuentes que tendrían que ser más conscientes de lo que hacían, no solo en Noruega, sino en Dinamarca, y también en Islandia: caricaturas en periódicos de gran tirada que

representaban a africanos con trajes tribales, labios exagerados y huesos en la nariz, por ejemplo; asiáticos con dientes de conejo y ojos pequeños; programas de humor que se mofaban de las habilidades lingüísticas de los inmigrantes; y el uso de la palabra *neger*, que significa «persona negra» y que, para mí (y sé que también para algunos visitantes negros a la región nórdica), tiene un incómodo parecido con *negro* o incluso *negrata*. Hace poco leí una historia sobre una localidad sueca que llevaba cuarenta años con el apodo de Pueblo Negro (*Negerby*, debido, creo, a algún aspecto relevante del lugar: chimeneas negras, quizás), pero por fin estaba tratando de cambiar su nombre al más neutral Ciudad del Este. Los habitantes del lugar no querían ni oír hablar del nuevo nombre, y se ceñían al antiguo. Es el mismo tipo de actitud que contribuye a que parezca que las sociedades nórdicas están ancladas en los años cincuenta y, por una vez, no precisamente de una forma positiva. Pero cuando les cuestionas esto, su respuesta invariablemente es, o bien de auténtica perplejidad de que alguien se haya sentido ofendido —habitualmente caracterizada por una especie de literalidad ingenua que roza la burla: «¡Pero es que tienen los labios muy grandes!»—, o bien te acusan de una manifiesta corrección política.

—El racismo noruego siempre es un tipo de racismo que no está preparado para aceptar el ser calificado como tal —reconoce Bangstad—. Porque nosotros somos los buenos y el racismo es algo que hacen los malos. En los últimos diez años ha existido un debate público sobre si debería emplearse el equivalente noruego de *neger*, y la gente salía y decía: «Tengo derecho a decir esto, ¿por qué deberían importarme las reticencias de los jóvenes africanos que viven en Noruega?». Hace un par de semanas tuvimos el caso de un artista sueco llamado Timbuktu que se puso en contacto con los editores de un periódico para quejarse por la caricatura de un africano de aspecto tribal, con los labios muy gruesos, y el argumento básico era: «¿Qué es lo que os ofende tanto?». Y entonces la cuestión principal pasó a ser libertad de expresión: «Toda esta gente políticamente correcta trata de impedir la libertad de expresión».

Ah, escandinavos defendiendo su derecho a publicar viñetas ofensivas. No es la primera vez que se produce esta situación, puesto que ya sucedió en la crisis provocada por las caricaturas de Mahoma en 2006, cuando el

periódico danés de derechas *Jyllands-Posten* publicó unas caricaturas groseras y deliberadamente faltas de gracia del profeta Mahoma (con una bomba en el turbante y cosas por el estilo) para contraargumentar lo que ellos percibían como una amenaza mortal a su libertad de expresión por parte de las normas islámicas relativas a la representación bidimensional de su líder espiritual.

—Así es, sí —convino Bangstad—. Es cierto que Noruega estuvo implicada en el asunto de las caricaturas de Mahoma. De hecho incendiaron nuestra embajada en Damasco.

—Todo esto es bastante deprimente, ¿no crees? —dijo—. ¿Está la inmigración procedente de países no occidentales inevitablemente condenada al fracaso en las pequeñas, homogéneas y tradicionalmente aisladas naciones del norte?

—Es una pregunta interesante. —Hizo una pausa—. Es decir, tal y como yo lo veo, existen motivos para tener preocupaciones legítimas respecto a asuntos particulares (homofobia, antisemitismo, el tratamiento de las mujeres en ciertos sectores de las comunidades musulmanas en Noruega), pero yo no considero que la inmigración procedente de países no occidentales, o de ningún otro país en este sentido, sea necesariamente algo bueno o malo. Es evidente que plantea desafíos, pero no creo que sean insuperables. Desde luego, yo no me encuentro entre aquellos de la izquierda radical (y lo cierto es que actualmente no se oye hablar mucho de ellos) que hicieron campaña a favor de «¡Tengamos un millón de inmigrantes!». Yo, desde luego, no soy un defensor de esta clase de enfoque que es equivalente a esconder la cabeza en la arena, pero si observas las medidas de éxito, Noruega parece que está efectivamente lidiando bastante bien con la inmigración de países no occidentales; por ejemplo, a la hora de echar un vistazo a las cifras en cuanto a la procedencia de los estudiantes de enseñanza superior y secundaria, especialmente entre las mujeres.

Le había formulado la misma pregunta a Thomas Hylland Eriksen el día anterior: ¿tenía la derecha, quizá, algo de razón acerca del asunto de la inmigración no occidental de Noruega y, por extensión, de Escandinavia?, ¿eran esta clase de sociedades intrínsecamente incapaces de integrar a las personas que presentaban diferencias tan marcadas con respecto a ellas?

—Vamos a ver, la mayoría de los musulmanes son como tú y como yo. Quieren vivir en paz con sus vecinos, quieren llevar una vida pacífica. Por toda Europa surgen disyuntivas sobre *hiyabs* y carne *halal* y se necesitan soluciones pragmáticas —dijo—. Disponemos de muy buenas investigaciones sobre este tema, lo que demuestra que los inmigrantes de segunda generación se han «norueguizado» en gran medida. Piensan como protestantes. Las chicas, por ejemplo, han sustituido el honor y la vergüenza por la mala conciencia, que es algo muy protestante, y tu relación con Dios se vuelve una relación individual, en lugar de estar sometida a la comunidad. En realidad, los protestantes y los musulmanes llegan a un entendimiento con mucha facilidad porque descubren que tienen mucho en común en lo referente a cómo ven el mundo en cuestiones como el sexo, la fidelidad y la idea de que no todo en este mundo es aleatorio, que existe un juicio trascendente detrás de todas las cosas que es lo que da sentido a la vida. A veces pienso que, si los pakistaníes o los turcos hubieran llegado a este país en los años cincuenta, les habría resultado mucho más sencillo integrarse, porque nuestra sociedad era más rural, la segregación por sexos aún era una realidad: en el norte de Noruega, cuando las mujeres estaban en la cocina lavando los platos, los hombres se quedaban sentados en el salón, fumando; para la generación de mis padres, esta era la norma. Si hubieran llegado antes de que nos volviéramos tan igualitarios e individualistas, les habría resultado más fácil entendernos.

Eriksen, un hombre alto y flaco de unos cincuenta años que habla con gran expresividad, se ríe de lo irónico de esta situación. Dinamarca, sin embargo, fue una cuestión diferente:

—El islam, en cambio, sí parece un poco incompatible con el modo de vida danés porque, bueno, ¿qué hacen los daneses en su tiempo libre? Salen y se ponen hasta arriba de cerveza y comen cerdo muerto; luego se van a casa y mantienen relaciones sexuales con personas desconocidas. Y entonces dicen a los musulmanes: «¿Por qué no os integráis mejor? ¿No estáis agradecidos de estar en Dinamarca?». Cuando la gente me dice: «Oh, no eres más que otro maldito multiculturalista más dispuesto a aceptar cualquier cosa, ¿no es así?», yo siempre les respondo que no, pero que si una persona quiere vivir en Noruega, existe un par de elementos con los que

ha de reconciliarse: uno es el frío y la oscuridad. Si no puedes sobrellevarlos, entonces será mejor que te vayas a otra parte. Y el segundo es la igualdad de los sexos, porque de lo contrario nunca vas a ser feliz, porque siempre sentirás que en Noruega hay algo esencialmente erróneo.

4

Friluftsliv

Tenía que irme de Oslo, «esa extraña *ciudad* que nadie abandona hasta quedar marcado por ella», tal y como lo expresa Knut Hamsun en la primera línea de su obra maestra, *Hambre* (o *Sult*). Había comenzado a sentir unas náuseas cada vez mayores ante la sonrisita de satisfacción de Breivik que aparecía día y noche en las pantallas de televisión y en las portadas de los periódicos.

Había tratado de encontrar otras distracciones durante mi estancia en la capital noruega, pero Oslo es, como ya he mencionado, diabólicamente cara. Según un estudio reciente realizado por la Institución Brookings sobre las 200 ciudades más ricas del planeta, los residentes de Oslo son los segundos más acaudalados del mundo (justo por detrás de los de Hartford, Connecticut), con unos ingresos medios anuales de 74 057 dólares. Desde luego, los necesitan. Es la única ciudad que he visitado en la que los conductores del transporte público se disculpán por las tarifas. «Lo siento, esto es Noruega», me dijo en cierta ocasión un conductor de tranvía con un remordimiento aparentemente genuino al quedarme de piedra después de que él me pidiera 50 coronas por un trayecto brevísimo.

En el Museo Cultural Histórico había visitado la exposición dedicada al pueblo sami que, como suele ser habitual, abordaba de manera tangencial el asunto de la opresión de su minoría indígena.

Los samis —hoy en día *lapón* es un término racista— son, en la práctica, el sexto pueblo nórdico, los únicos nómadas de Europa, cuyo territorio cruza las fronteras de Noruega, Suecia, Finlandia y parte del noroeste ruso, en función de dónde pastoreen sus renos. Descubrí que probablemente alcanzaban los 13 000 habitantes en Noruega, que su lengua no fue reconocida de forma oficial hasta 1987 y que «algunos samis todavía viven en estrecho contacto con la naturaleza, mientras que otros dedican su tiempo de ocio a estar plantados delante de la televisión y utilizan el coche

incluso para ir a visitar al vecino». Había un pequeño cuadro que ilustraba el nuevo modo de vida disoluto de los samis, y en él aparecía la habitación de un adolescente con un ordenador y un teléfono móvil. Muy raro todo.

Como es natural, el museo disponía de una abundante colección de trajes tradicionales, así como de una importante exposición de patrones de telas. En las salas que cubrían la historia más reciente del país, la canción *Take on Me* del grupo A-ha sonaba en bucle mientras yo me dedicaba a examinar las primeras planas de los periódicos de los últimos treinta años: la primera primera ministra noruega (1981); la irrupción del sida (1983); el primer 7-Eleven (1986). En ninguna parte se mencionaba la inmensa lotería que les tocó en 1969, cuando los noruegos descubrieron petróleo por primera vez. Más raro aún.

Incluso los patrones de telas más cautivadores pueden empezar a cansar pasado un rato y, como dice el refrán: «Cuando un hombre está aburrido de Oslo... probablemente lleva más de tres días allí». Estoy siendo injusto. Oslo es muy bonito y se esfuerza con gran esmero en hacer honor a su reclamo de gran ciudad, aunque para mí es la menos interesante de todas las capitales nórdicas. No puede competir con el dinamismo y la diversidad de Copenhague, ni con la grandeza arquitectónica y el espectáculo escénico de Estocolmo, ni con la peligrosa emoción de la «otredad» de Helsinki, que ofrece una atmósfera en la que aún pueden apreciarse vestigios de la Guerra Fría. Y Reikiavik tiene volcanes y glaciares a las mismísimas puertas de la ciudad, lo que es claramente injusto. Oslo da la impresión de ser la segunda ciudad de otro país, y eso por supuesto es lo que fue durante numerosos siglos.

Había llegado la hora de conocer otras partes de Noruega, algún emplazamiento natural. Una vez tras otra, cada vez que hablaba con noruegos sobre el hecho de «ser noruego», lo normal era que centraran la conversación en la relación tan especial que mantienen con su paisaje, en su amor por el *friluftsliv* o «aire libre». A pesar de que los suecos pudieran discutirlo (en el caso de que fueran proclives a discutir, algo que desde luego no son), los noruegos parecen tener el vínculo más fuerte de todos los nórdicos con su entorno natural; su paisaje es la fuente del fervor patriótico más fiero. Sospecho que esto puede deberse a que históricamente han sido

una sociedad que se ha distribuido por todo el territorio de una manera más amplia que el resto de sus vecinos. Según mi *Enciclopedia de las naciones*, Noruega es el país con menor densidad de población de Europa, con once habitantes por kilómetro cuadrado, y tres cuartas partes de ellos viven a poco más de quince kilómetros de la costa. Este ha sido siempre un país de campesinos y pescadores, con una población descentralizada establecida en comunidades pequeñas y aisladas donde se hablan cientos de dialectos regionales. Y, al haber sido una colonia durante tanto tiempo, y su capital un foco de difusión de culturas extranjeras, Noruega nunca ha mirado a Oslo de la misma manera que los daneses miran a Copenhague o los suecos a Estocolmo. Además, Dinamarca y Suecia se han reflejado y definido entre sí, a través de su historia compartida de conflictos y rivalidad, pero Noruega ha tendido a ocuparse de sus propios asuntos, separada mediante las enormes barreras físicas de las montañas y el mar.

Esta descentralización, junto con un elevado respeto por el entorno natural, son las dos claves para comprender a los noruegos. Aún en este momento, mientras que Dinamarca lida con su problema de los *udkants* y el centralismo de Suecia es cada vez mayor, en Noruega la gente vive diseminada por las distintas regiones, muy al norte, en las montañas, junto al mar o en islas heladas. El contraste es impresionante cuando cruzas del norte de Noruega al norte de Suecia: en la parte noruega hay pequeñas localidades con tiendas, quizá un restaurante de comida para llevar, una red de carreteras decente y edificios cívicos, pero en el otro lado... nada. En Noruega, el derecho a vivir donde quieras está bendecido en la ley: es parte de una estrategia para mantener las poblaciones del norte del país, en particular aquellas próximas a los territorios estratégicamente vitales del mar de Barents y la isla de Spitsbergen.

En cualquier otra parte del mundo, la industrialización ha conducido a la urbanización, pero no así en Noruega: la industria de la pesca (que continúa siendo fuerte y actualmente, claro está, incluye gigantescas piscifactorías de salmones) y la industria petrolífera, que tiene su base en la costa, con la ciudad de Stavanger como foco central, han contribuido a contrarrestar esta tendencia. Gracias a la riqueza generada por el petróleo, hoy en día los noruegos que viven lejos de la capital, viven bien, con

infraestructuras dignas, instalaciones deportivas y culturales y edificios públicos impresionantes, como el Centro Knut Hamsun que visité en Oppeid, un pueblo de unos quinientos habitantes. Se trata de una pieza deslumbrante de arquitectura conceptual contemporánea: una torre negra con balcones de metacrilato que sobresalen de la pared y diseñada, según me explicó mi guía personal, para representar distintos aspectos de la obra *Hambre*, de Hamsun. Su construcción costó el equivalente a nueve millones de euros de dinero público, y desde luego es un edificio que no quedaría fuera de lugar en ninguna capital moderna; sin embargo, recibe alrededor de 20 000 visitantes al año, simplemente por el hecho de lo lejos que está de todas partes, muy arriba, en el círculo polar ártico.

Un noruego a quien le hablé de esto, Yngve Slyngstad, presidente del Fondo de Inversión del Petróleo del país, comparó la forma en que el paisaje define a los noruegos con cómo la cultura define a los franceses:

—Para los noruegos es extraordinariamente importante contarse unos a otros el lunes por la mañana que han ido a esquiar, a caminar por la montaña, etc. Siempre han estado fascinados por tener cabañas en la montaña o junto al océano. Sienten verdadera fascinación por la naturaleza.

Slyngstad también señaló que un número inusualmente elevado de apellidos noruegos están conectados con el paisaje.

—Nuestros nombres a menudo proceden de auténticos lugares físicos que se encuentran en la naturaleza, y hasta no hace mucho la gente conocía estos lugares de los que procedía desde tiempos ancestrales. Eran lugares reales, físicos. Mi nombre se refiere al lugar donde el río hace un recodo; allí era donde estaba la granja de mi padre, de modo que se trata de una identidad y de una conexión con la naturaleza muy fuertes. Y, si vives en una ciudad, tiendes a reforzarlo.

Una muestra de la estrecha relación que los noruegos tienen con su paisaje ha sido el sorprendente éxito de dos programas de televisión increíblemente aburridos que se han emitido en los últimos años. El primero consistía en el seguimiento de un tren de Oslo a Bergen por las montañas en tiempo real, es decir, siete horas, con una sola cámara fijada en la parte delantera del tren. Los túneles debieron de ser especialmente fascinantes. En cualquier caso, los índices de audiencia sin precedentes que obtuvo este

programa alentaron a la empresa pública de radiodifusión, NRK, a ir un paso más allá y emitir una transmisión continua en directo de seis días desde una cámara instalada en el MS Nordnorge, uno de los *ferrys express* del servicio diario de transporte de Hurtigruten, en la ruta que va desde Bergen, al sur, hasta Kirkenes, al norte, en la frontera con Rusia. A pesar de que la NRK lo anunció con refrescante sinceridad como «Contemplar el secado de pintura en directo por televisión», el programa fue un fenómeno cultural y de visualización masivo, y la mitad de la población noruega lo sintonizó: la gente organizaba fiestas para ver el Hurtigruten y, a medida que el *ferry* progresaba hacia arriba a lo largo de la costa, la muchedumbre salía para encender hogueras y saludar desde la orilla, a la vez que flotillas más pequeñas se balanceaban tras el paso de la feliz embarcación. El programa del Hurtigruten también fue emitido por Internet y captó a 200 000 espectadores en Dinamarca (un fenómeno que los medios de comunicación noruegos atribuyeron con alegría a la «envidia montañosa»), así como a espectadores de otros países por todo el mundo. Terminó siendo uno de los programas de televisión noruegos más populares hasta la fecha, y todo lo que había era paisaje...

Pero menudo paisaje.

Echo un vistazo alrededor del *ferry* a mis compañeros de viaje, que en su mayoría juegan a las cartas, beben cerveza o miran la pantalla de televisión instalada en la parte de delante del barco. ¿Es que no *ven* lo que sucede al otro lado de la ventana? Mi cabeza está pegada al cristal, y lleva así la última hora. Noruega va pasando por delante de mis ojos al ritmo constante del *ferry*; la intensa luz del Ártico reproduce el paisaje con tal claridad que soy capaz de distinguir cada pared almenada de los picos blancos de las montañas, cada cara de las rocas de granito. El paisaje grabado con láser al otro lado de la ventana parece que está siendo retransmitido en la más alta de las altas definiciones; esta es la única explicación que le encuentro al paisaje grabado con láser al otro lado de la ventana. Los picos de las montañas me recuerdan a mandíbulas de tiburón multiplicadas por mil.

Viajo a bordo del Hurtigruten, y me dirijo a Nordskott desde Bodø. Nordskott es un pueblito pesquero microscópico con poco más que un muelle y un puñado de casas de madera, justo por encima del círculo polar ártico.

Los fiordos de Noruega son tan pasmosamente bonitos que parecen imágenes creadas por ordenador. No me extraña que Slartibartfast, uno de los personajes de la *Guía del autoestopista galáctico*, ganara un premio por diseñarlos. Si miro atrás, solo puedo concluir que fue la magia de aquel paisaje fascinante, y el entusiasmo mostrado por mis anfitriones, lo que me llevó a abandonar toda razón —a pesar de que era febrero y de que lo único que había era nieve y hielo y de que aquello era el Ártico— y me dejé convencer para ponerme un traje de buzo para salir a vadear olas en busca de erizos de mar. Mi amigo, un escocés llamado Roddie, vive allí con su mujer noruega y sus hijos y se dedica a pescar estas bolas de cuervo, como las llama la gente local, para venderlas a los mejores restaurantes de la región. Eran unos erizos de mar buenísimos, lo reconozco, ¡pero, joder, qué frío hacía! Sin guantes, el agua me quemaba, literalmente, las manos^[46].

El paisaje de Nordskott era, no obstante, un festín para el alma. Cada mañana, al avanzar por la nieve crujiente hasta el barco pesquero, me detenía un instante en medio de la ensordecedora quietud (el único sonido que había era mi propio pitido en los oídos) y miraba hacia arriba, a las montañas, completamente anonadado y manteniendo cualquier pensamiento sobre Oslo muy alejado.

5 Plátanos

«Come and listen to a story 'bout a man named Jed,
A poor mountaineer, barely kept his family fed,
And then one day he was shootin' at some food,
And up through the ground came a bubblin' crude».

Paul Henning, canción *The Beverly Hillbillies*

Ir a Noruega y hablar únicamente de integración e inmigración sería como visitar el Klondike^[47] en 1897 y preocuparte por la difícil situación de los indios americanos. Para la inmensa mayoría de los noruegos, durante la mayor parte del tiempo, cuestiones como la islamización, la inmigración y el populismo político han tenido escasa relevancia porque, en las últimas cuatro décadas, Noruega ha experimentado una fiebre del oro superior a lo que nadie podría haberse imaginado nunca, y mucho menos los propios noruegos.

El descubrimiento en 1969 de lo que resultaron ser unas reservas colosales de petróleo en los territorios noruegos del mar del Norte ha moldeado a la sociedad noruega contemporánea más que ningún otro factor individual (para mejor, pero también, como veremos más adelante, para peor). Este oro negro afecta casi a diario las vidas de todos los noruegos. El éxito de la Noruega moderna —de su estado de bienestar, de su prácticamente inigualable nivel de vida y de su sólida infraestructura regional, de sus servicios y de los innovadores museos desde el punto de vista arquitectónico— radica, en gran medida, en el petróleo.

Este país de poco más de cinco millones de habitantes posee hoy en día el mayor fondo soberano de inversiones del mundo. Y no me refiero a per cápita, sino en términos absolutos. Superó a Abu Dabi al alcanzar los 600 000 millones de dólares en 2011, y continúa aumentando. El fondo

asciende actualmente a 617 000 millones de dólares, y de forma conservadora se calcula que rebasará el billón antes de que finalice esta década. Para poner esto en perspectiva, los noruegos podrían liquidar cómodamente la deuda nacional griega dos veces, pero, crucialmente, hasta la fecha han acatado las advertencias de sus economistas de no emplear el dinero dentro de sus propias fronteras, y se han limitado a usar un mero 4 por ciento anual para invertir el resto en otras partes del mundo.

Creo que es justo decir que los noruegos no vienen de alta cuna. Noruega siempre ha sido el pariente pobre, en desventaja económica y oprimido del triunvirato escandinavo; un páramo rural cuya población arañaba una existencia llena de penurias en terrenos estériles —tan solo el 2,8 por ciento del suelo noruego es cultivable— y peligrosos mares, a menudo enfrentándose a las adversidades casi insuperables que entrañan su clima y su topografía.

Y entonces, un día, llegó un hombre llamado Jed^[48] y... ¡Bum! ¡Glu, glu, glu! ¡Clin, clin, clin!

La historia de la transformación de los noruegos de campesinos ataviados con *dirndl*s en unos Rockefeller ataviados con *dirndl*s tiene sus orígenes en Holanda, con el descubrimiento de gas natural en Groninga en 1959. Este hallazgo impulsó las especulaciones de que pudiera haber más combustibles fósiles más al norte, en la plataforma continental noruega. La empresa holandesa Philips Petroleum solicitó permiso para explorar allí y el Gobierno noruego actuó con rapidez para afirmar su soberanía sobre la plataforma (en aquel momento su territorio se extendía solo hasta casi 20 kilómetros mar adentro). Las reclamaciones noruegas levantaron más de una sospecha en Londres y Copenhague, cuyos Gobiernos también consideraban que tenían derecho a una parte del mar del Norte. Y aquí es donde la historia del milagro petrolífero noruego da un giro intrigante, uno que ha dado origen a una de las teorías conspiratorias más interesantes de Escandinavia.

A principios de 1965, tuvo lugar una reunión entre representantes de cada uno de los tres Gobiernos para discutir a fondo un acuerdo para repartirse la plataforma del mar del Norte, un acuerdo que fue aprobado y ratificado de una manera un tanto precipitada en marzo de ese mismo año

(para gran ventaja, como se revelaría después, de Noruega). Si preguntas a los daneses sobre estas negociaciones, te dirán, con total seriedad, que los noruegos les dieron gato por liebre. Presiónalos un poco más sobre este asunto y se llevarán ligeramente las manos a la cabeza, como si quisieran decir: «Ya sabes cómo son los noruegos». Algunos aludirán al hecho de que el ministro de Asuntos Exteriores danés que fue responsable de la firma del tratado, Per Hækkerup, era célebre por su alcoholismo, y que aquel día en cuestión estaba borracho: «Mira las líneas que trazaron —dirán de los límites territoriales del fondo del mar del Norte—. ¡Observa cómo de repente descienden para asimilar el lugar donde encontraron el petróleo!».

Después de haber escuchado este rumor durante muchos años por boca de mis amigos daneses, sentí que había llegado la hora de comprobar los hechos, que son los siguientes: es cierto que Hækkerup era un alcohólico y que, sí, aquel primer gran yacimiento petrolífero noruego, Ekofisk (donde la extracción aún continúa a muy buen ritmo, y está previsto que siga siendo así hasta 2050), fue hallado justo en el ángulo sudoccidental inferior de los territorios noruegos recientemente delimitados, dolorosamente próximo a las aguas danesas. También es cierto que las objeciones de Dinamarca acerca de quién ejercía la soberanía de aquella parte del mar del Norte estaban justificadas, partiendo de una cuestión técnica relativa a la profundidad del suelo oceánico. Asimismo es cierto que, por alguna razón, el periodo de reflexión habitual referido a dichos acuerdos no fue implementado. Entonces, ¿por qué motivo firmaron los daneses con tanta rapidez? No puede decirse que no dispusieran de abundantes precedentes históricos con respecto a las dificultades de los tratados fronterizos internacionales.

Lo cierto es que en aquel momento nadie creía realmente que hubiera petróleo en el mar del Norte, o que, de haberlo, fuera extraíble. Antes que entrar en discusiones, Dinamarca prefirió no arriesgarse a molestar a Noruega con lo que en aquel entonces consideraba un nimio argumento con respecto al fondo marino: los derechos de pesca eran una cuestión mucho más apremiante.

Con respecto a que Hækkerup estuviera borracho en el momento de la firma, no existe evidencia de que esto fuera así, pero, en fin, los alcohólicos

por lo general no se caracterizan por su sobriedad en los momentos de estrés... ¿o sí?

—Fue un golpe maestro —admitió Thomas Hylland Eriksen con un regocijo apenas disimulado—. Fue muy astuto cómo consiguieron expandir la zona de la plataforma continental a 320 kilómetros mar adentro. El arquitecto de todo esto fue un tipo llamado Jens Evensen [ministro de Industria]. ¡Los noruegos obtuvieron el 70 por ciento!

¿Se arrepienten quizá los daneses de haber enviado a un socialdemócrata posiblemente ebrio para negociar sus derechos petrolíferos? Es de suponer que sí. ¿Ha dado lugar esto a algún problema entre Noruega y Dinamarca en la actualidad? Absolutamente no, al menos no a nivel político o diplomático. Sin embargo, el incidente sin duda forma parte del mito popular sobre los yacimientos petrolíferos de Dinamarca, y los daneses de más edad siguen contándolo como parte de una narrativa sobre haberse quedado sin petróleo después de que sus vecinos, los malvados noruegos, los estafaran. También esto ha contribuido a una imagen ligeramente amarga y negativa de los noruegos entre los daneses, que de alguna manera los tachan de aislados e indolentes a causa de su descabellada riqueza; una imagen que también encuentra adeptos entre los suecos.

—Aj, nunca han trabajado —me dijo una vez un miembro de mi familia danesa que no agradecería que lo mencionara, así que no lo haré—. Ellos mismos se bastan y se sobran, no necesitan a nadie más.

Los daneses se abalanzan sobre cualquier prueba de la indolencia noruega. Les encanta contar historias de inmigrantes suecos que trabajan en las fábricas de procesado de pescado, por ejemplo, o sirviendo en restaurantes. «¡Estuve en Oslo y no me atendió ni un solo camarero noruego!» es una frase común entre los daneses que viajan con frecuencia a Noruega (hay 35 000 suecos trabajando en Noruega, tentados por los sueldos de hasta 35 euros/hora para empleos semicualificados en tiendas y otros por el estilo). Una historia en particular que ha alegrado el corazón de muchos daneses concierne a un conjunto de suecos que trabajaban en una planta procesadora donde según parece se dedicaban a pelar plátanos. ¡Y así era! Lo comprobé: los plátanos se emplean en una pasta para untar muy

popular en Noruega. Suecos explotados y noruegos vagos juntos en una misma broma. Los daneses no podían dar crédito a su buena fortuna.

En Suecia, mientras tanto, crece el resentimiento hacia la prepotencia noruega. Un estudio sociológico reciente planteó diversas cuestiones a 3800 suecos sobre sus vecinos, y entre otras cosas les preguntaron si a los noruegos se les daba mal hacer cola («Sí, mucho», opinó un 59 por ciento de los suecos, y debo señalar que los suecos hacen cola con tanto decoro como lechones agolpándose para alcanzar la teta de una cerda); si los noruegos sabían o no hacer rotundas al conducir («No»); y si alguna vez aparcaban en espacios reservados para discapacitados. («¡Todo el tiempo!»). «Resulta sorprendente cuántas cosas negativas tienen que decir los suecos sobre los noruegos», declaró la autora del estudio. «Se sienten abrumados por ellos», añadió a la vez que advertía del riesgo que existía de que las relaciones se tornaran desagradables en las zonas fronterizas.

Volvamos a las negociaciones del mar del Norte. A los daneses en realidad no les fueron mal las cosas en su pedacito de fondo marino. El llamado «yacimiento danés» inició la producción de petróleo en 1972, y el país se volvió autosuficiente en 1991. En su momento de máximo apogeo, en 2004, los daneses producían alrededor de 142 millones de barriles al año.

Es interesante comparar cómo estos dos países diferían en la forma de manejar sus respectivas bonanzas. Los primeros barriles del yacimiento Ekofisk se produjeron en junio de 1971, y los subsiguientes hallazgos en otras partes del territorio recientemente establecido —algunos de los mayores campos petroleros de la tierra en Statfjord, Oseberg, Gullfaks y Troll— surgieron uno tras otro y fueron avanzando más hacia el norte a lo largo de la década. En 1972, Noruega ya disponía de su propia compañía estatal de petróleo —recibió el imaginativo nombre de Statoil— que, por ley, tenía que ser un socio mayoritario en cualquier actividad petrolífera que tuviera lugar en la región (más tarde hubo un cambio de ley). El Estado asumió un firme control de la producción nacionalizada y creó un fondo soberano que desde entonces ha sabido manejar con una extraordinaria moderación. Ha sido capaz de capear la recesión económica mundial y, de hecho, el fondo ha aumentado en un importe equivalente a 35 000 euros por ciudadano desde 2008.

El campo petrolero danés, en cambio, quedó en manos de una única compañía, A. P. Møller-Mærsk, cuyo funcionamiento estuvo supervisado hasta su muerte reciente por Mærsk Mc-Kinney Møller, el hijo del fundador que dio nombre a la empresa.

Cómo obtuvo A. P. Møller-Mærsk los derechos exclusivos de los yacimientos de hidrocarburos para toda la eternidad es un tema bastante opaco, pero parece ser que implicó no pocas transacciones turbias en habitaciones llenas de humo. Actualmente, Mærsk es una figura tan fundamental para la economía danesa —hay quien estima que contribuye a más del 10 por ciento del PIB a través de sus operaciones marítimas y petrolíferas, así como con su red de supermercados y otras actividades diversas— que uno tiene la sensación de que muy pocos políticos o periodistas están dispuestos a actuar en su contra, y la compañía ha sido capaz de renegociar los términos gracias a los cuales controla los yacimientos petrolíferos daneses en beneficio propio (más recientemente en 2012, cuando renovó el acuerdo hasta el año 2043). Algunos incluso afirman que la compañía es quien indica al Gobierno danés cuántas tasas va a pagar cada año, aunque —ruego a los abogados de Mærsk que tomen nota de esto— yo no me lo creo de ninguna de las maneras.

Así como la producción danesa de petróleo alcanzó su punto máximo hace años, la noruega todavía opera a unos 2 millones de barriles diarios, o lo que es lo mismo: 730 millones de barriles al año. Statoil es la segunda mayor empresa de cualquier tipo en toda la región nórdica en términos del rendimiento y de los beneficios sin precedentes actuales. Y, a pesar de las constantes advertencias de que el pico de la producción de petróleo es inminente y de que los noruegos no tardarán en encontrarse en la pendiente resbaladiza de vuelta a la edad oscura del secado de pescado y la esquila de ovejas, continúan descubriendo nuevas e inmensas reservas: en 2011 hallaron dos charcos gigantes que contenían el oro suficiente para llenar hasta *mil millones* de barriles en el mar de Barents, y ahora, con el conveniente derretimiento de la capa de hielo (¿me pregunto cómo habrá pasado?), los noruegos también han calculado con gran codicia que bajo el Ártico yacen 90 000 millones de barriles de crudo. Y, si todo esto no fuera suficiente para atravesar los largos y oscuros inviernos, Noruega es,

además, el quinto mayor productor de gas del mundo; se estima que el gas alcanzará más de la mitad de la producción de petróleo noruega en un par de años.

Si existe un Dios, entonces desde luego hizo gala de un travieso sentido del humor al repartir el parné entre el granjero Eigil y su mujer vestida con *dirdnl*. Las cosas le han ido muy bien al hermano menor escandinavo, el que había sido el blanco de tantísimas burlas. Tras aquel primer descubrimiento en 1969, Noruega se alzó rápidamente a lo más alto de las clasificaciones escandinavas —y, de hecho, globales— en cuanto a la riqueza. Hoy es la Dubái del norte. Un Creso con capa. El país disfruta en este momento del segundo PIB per cápita más alto del mundo después de Luxemburgo, y Luxemburgo difícilmente es un verdadero país.

Me fascinaba descubrir qué clase de impacto tendría todo este dineral caído del cielo en un pueblo más acostumbrado a acumular sus escasos recursos durante los largos inviernos y a sacar el máximo partido a una existencia vivida en medio de áridas montañas, gélidos pastos y mares embravecidos. ¿Cuál había sido el efecto de la lotería de las loterías en la psique colectiva noruega, en la esencia de su carácter?

6

Mal holandés

El Fondo del Petróleo es posiblemente el mayor logro individual de la Noruega moderna: la expresión definitiva de la autodisciplina y el control nórdicos, y un modelo de responsabilidad fiscal responsable. Este fondo soberano estrictamente controlado y magistralmente gestionado es la envidia de todas las naciones productoras de petróleo —por no hablar de las naciones no productoras de petróleo— del mundo.

El responsable en última instancia de decidir cómo se distribuye esta gigantesca olla de oro es el director general del Banco Noruego de Gestión de Inversiones, Yngve Slyngstad. Fui a visitarlo a su nido de águila al más puro estilo máster del universo en el último piso de un edificio del Banco Nacional de Noruega en el centro de Oslo (donde, quizá a consecuencia de la bomba de Breivik, la cual detonó a escasos metros de allí, advertí que había algo de seguridad en forma de «bloqueos de aire» para dos puertas, individuales y muy estilosos, que te hacían sentir como si estuvieras teletransportándote desde la nave Enterprise de *Star Trek*; todos los bancos deberían tenerlos).

—El propósito del fondo es defender la cesta de consumo —me explica Slyngstad. Mi ignorancia casi perfecta de la teoría económica más básica debía de ser ostensiblemente vasta incluso nada más empezar la conversación, de modo que amablemente me explicó lo que esto quería decir—: Hemos vendido petróleo y gas a otros países, y tarde o temprano nosotros tendremos que comprar algo y lo que queremos, por tanto, es tener la posibilidad de comprar algo dentro de varias generaciones que posea al menos el mismo valor de lo que podríamos haber adquirido hoy. De modo que si el crecimiento mundial es bueno, el fondo necesita tener una buena rentabilidad para proteger nuestra capacidad de compra futura.

El fondo posee acciones en más de 8000 compañías, lo que en la práctica significa que los noruegos poseen más del 1 por ciento de las

compañías que cotizan en el mundo, casi un 2 por ciento de las que cotizan en Europa y un 0,7 por ciento de las que cotizan en Asia.

Había leído que el fondo recientemente había empezado a invertir en lo que algunos analistas consideraban unas propuestas más arriesgadas (por ejemplo, propiedades; habían comprado algunos prestigiosos edificios de oficinas en París, entre otros). Me eché hacia delante dándome golpecitos en la barbilla con la punta del bolígrafo. ¿Por qué —pregunté— estaba Noruega adoptando un enfoque más arriesgado con su olla de oro? (No lo llamé «olla de oro»).

Slyngstad, un hombre esbelto de cincuenta años con la cabeza bien afeitada y perilla castaño claro, me sonrió compasivo y me explicó que en un primer momento se proyectó que el Fondo del Petróleo operara únicamente durante unos treinta años. Aquel punto había pasado hacía ya mucho tiempo y aun así seguían descubriendo nuevos yacimientos y nuevos modos de explotar los actuales, lo que significa que son capaces de tomar decisiones de inversión más arriesgadas y a largo plazo:

—Cuando el mercado entró en declive después de 2008, nosotros adquirimos acciones por valor de más de un billón de coronas —dijo, una medida valiente en un momento en el que se derrumbaban no solo las inversiones de Noruega, sino todas las acciones.

Me preguntaba cómo se relacionan los noruegos con su fondo. Una vez superó al de Abu Dabi y se convirtió en el mayor del mundo, el ministro de Economía de Noruega, Sigbjørn Johnsen, informó a un periódico local de que «aunque no es un fin en sí mismo, siempre es agradable registrar que el fondo aumenta». (Me gusta imaginarlo diciendo esto reclinado en un *jacuzzi* justo antes de terminar de un trago el champán y lanzar la copa por encima del hombro). ¿Todo aquel dinero era un motivo de orgullo nacional o se consideraba vulgar hablar sobre ello?

—Por supuesto que hemos sido bendecidos y somos afortunados de tener estos recursos naturales, pero yo no diría que estamos orgullosos —dijo Slyngstad—. Si te remontas dos generaciones, fueron prudentes a la hora de afrontar toda esta riqueza.

¿Cómo habían conseguido los noruegos resistir la tentación de gastar sus ingresos petroleros, igual que el Gobierno de la señora Thatcher había

hecho en Gran Bretaña en los años ochenta o algunos de los Estados árabes hacen de una manera tan visible en este momento?

—Dos cosas: la primera es que los padres fundadores del fondo tuvieron muy claro que querían evitar a toda costa el mal holandés. Podríamos destruir la economía muy fácilmente; necesitamos una economía orientada a la exportación capaz de sobrevivir sin petróleo, porque si destruyes tus posibilidades de competir en el mundo, no puedes estar seguro de que las recuperarás cuando se agote el petróleo. Tradicionalmente hemos sido un país muy pobre con un patrón de consumo frugal y una población establecida alrededor de las costas —continuó—. Noruega en realidad no formaba parte de Europa, hasta el punto de que no había un sistema feudal al estilo europeo, la gente vivía de forma independiente, no en pueblos ni en ciudades. La gente está conectada a la naturaleza más que a la cultura. Es una mentalidad distinta, ¿no te parece?

Como ya hemos visto, esta es una característica fundamental de Noruega, la que los diferencia de los suecos y de los daneses. Los noruegos están acostumbrados a subsistir con lo imprescindible. En palabras del propio Slyngstad:

—Este es un país donde, en el pasado, no tenías comida suficiente para aguantar el invierno a menos que la hubieses almacenado previamente.

Los noruegos desconfían de la indulgencia o el exceso, siempre conscientes de la necesidad de ahorrar y aprovisionarse.

También hablamos sobre la crisis actual en Europa. Slyngstad compartió conmigo su teoría sorprendentemente cándida sobre cómo las otras naciones europeas habían acabado en sus respectivos atolladeros económicos. A su juicio, estaban simplemente consumiendo la imagen que tenían de sí mismas.

—Vas a Islandia y de alguna manera te preguntas: «¿Qué sucedió realmente cuando obtuvieron todo aquel efectivo ilimitado?». Lo emplearon para consumar la imagen que tenían de sí mismos como vikingos saqueadores, iban por el mundo apoderándose de bienes. Vikingos 2.0. Los noruegos podríamos haberlo hecho con el Fondo del Petróleo, pero no lo hicimos porque nosotros lo percibimos como una riqueza que ya estaba allí, y por tanto era algo que debía ser protegido. Los irlandeses quieren ser

terratenientes ingleses, de modo que construyeron todas esas casas inmensas. Y luego vas a Grecia y te preguntas: «¿Qué imagen tienen los griegos de sí mismos?». Yo antes estudiaba Filosofía, y fue Aristóteles el que dijo: «¿Qué es la filosofía? Bueno, la primera premisa es que no estás trabajando». Estoy siendo un poco malo con los griegos, pero no deberíamos culparlos por no trabajar: ¡son filósofos! ¡Tienen que estar sentados y pensar sobre la vida!

Los griegos son un ejemplo bastante extremo de una nación corrompida por dinero fácil, pero lo cierto es que los noruegos de alguna manera también han estado algo corrompidos. Retratarlos como el parangón de la parsimonia, en absoluto influenciados por el fantástico regalo caído del cielo, como si fueran el ganador de la lotería que regresa a su trabajo en la fábrica y a su taburete habitual en la barra del bar sin que le afecten los millones que posee en el banco, resulta ligeramente engañoso.

En su excelente libro *Petromanía: un recorrido por las tierras petroleras más ricas del mundo* (que desafortunadamente solo se encuentra disponible en noruego), el autor, Simen Sætre, documenta cómo la riqueza petrolera rara vez ha tenido un efecto positivo en ningún país a largo plazo. Tampoco cree que su país haya sido inmune a su influencia corruptora, y señala que los noruegos trabajan un 23 por ciento de horas al año menos que antes del *boom* del petróleo, hacen más vacaciones (cinco semanas en lugar de cuatro), disfrutan de más bajas por enfermedad (en este aspecto están en lo más alto de la liga europea) y se jubilan antes (a los 63,5 años). Cita un informe de la OCDE sobre Noruega que estipulaba que la riqueza petrolífera del país «ha distorsionado la relación entre el trabajo y el tiempo libre».

Noruega sí parece haber sido especialmente negligente con su capacidad para hacer cosas. Se desindustrializó a un ritmo mucho más rápido que la mayoría de sus socios comerciales y hoy en día menos del 10 por ciento del PIB se genera con la fabricación, comparado con el casi 20 por ciento en Suecia. El petróleo y el gas ascienden a más de la mitad del valor de las exportaciones de Noruega, mientras que el pescado y las armas constituyen la mayor parte del resto, lo que explica por qué es probable que hace mucho que no compras nada con la etiqueta de «Fabricado en Noruega».

El país actualmente languidece en decimoquinto lugar en el Índice de Competitividad Global en el Foro Económico Mundial (el más bajo de los cuatro principales países nórdicos), pero una estadística que sobresale —incluso para un analfabeto económico como yo— como motivo de especial preocupación es la cifra del gasto interior bruto en I+D según la OCDE, que, cuando se considera un porcentaje del PIB de un país, es un indicador clave del rendimiento económico futuro. No solo Noruega invierte relativamente poco en I+D —el 1,71 por ciento del PIB frente al 3,42 de Suecia—, sino que casi la mitad de la inversión procede del Gobierno (frente al algo más de un cuarto de ella en Suecia). Si estas cifras no revelan a un pueblo que se está durmiendo en los laureles, entonces yo soy un economista.

Quizá, el aspecto más alarmante de la estructura social de Noruega es el hecho de que en torno a un tercio de todos los noruegos en edad de trabajar no hace absolutamente nada. Más de un millón de ellos viven del dinero del Estado, la mayoría es pensionista, pero también tienen un número considerable (340 000) de discapacitados, desempleados o con prestaciones por enfermedad (proporcionalmente la mayor cifra de Europa). El panorama es asimismo preocupante para los niños noruegos, que están por debajo de la media europea en términos de alfabetización, matemáticas y ciencias, y en los últimos diez años se ha apreciado un claro empeoramiento de esta tendencia. Con una preocupante falta de autoironía, a menudo los medios de comunicación noruegos se quejan de que todo lo que la gente joven quiere ser hoy en día es algo dentro de los medios de comunicación.

La OCDE ha advertido de que el mayor desafío al que se enfrenta Noruega es mantener el incentivo para trabajar, estudiar e innovar de su población. Hoy, casi el 10 por ciento de los puestos de trabajo noruegos es desempeñado por extranjeros, sobre todo la clase de trabajos —pelar plátanos, eviscerar pescado, fregar suelos de hospitales (según Sætre casi la mitad del personal de limpieza del país es extranjero)— que los noruegos no querían ver ni en pintura. Recientemente, el *New York Times* entrevistó a un economista en el Handelsbanken de Oslo, Knut Anton Mork, y aparece citado diciendo: «Es un programa de petróleo para el ocio [...]. Hemos estado muy satisfechos con nosotros mismos. Cada vez se construyen más

casas de vacaciones. Tenemos más vacaciones que la mayoría de países y unas prestaciones y políticas de ausencia por enfermedad extremadamente generosas. Algún día este sueño llegará a su fin».

Muchos noruegos ya reclaman un gasto anual superior al 4 por ciento del fondo, y aumentan las presiones políticas para ello por parte del Partido del Progreso. «¿Por qué tenemos que pagar los precios más altos del mundo por el crudo? —preguntan—. ¿Por qué nuestros hospitales no son los mejores del mundo? ¿Por qué mi correo ha llegado a las nueve de la mañana en vez de a las ocho? —Se eleva el clamor—: ¿Cómo puede pasar esto en el país más rico del mundo?».

«La riqueza nos cambia, y no es algo de lo que hablamos muy a menudo —concluye Sætre al final de *Petromanía*—. Pero la pregunta más importante de nuestro tiempo es cómo nos afecta la riqueza petrolífera».

Me puse en contacto con Sætre, que actualmente reside en Nueva York, y le pregunté qué recepción había tenido el libro tras su publicación en 2009.

—Suponía que este sería un tema que interesaría a todos los noruegos —me dijo—, pero resultó que a los suecos les interesó muchísimo más. Sentía que los asuntos que trataba de plantear eran ignorados en gran medida, sobre todo por la generación más mayor y la gente que vivía en las áreas productoras de petróleo, que se mostraron bastante escépticos. Siempre que iba a hablar del libro, alguien se levantaba de su asiento y decía que el petróleo había sido una bendición para Noruega. Muchas veces actuaban como si yo fuera un malcriado incapaz de apreciar la riqueza que el petróleo había traído a mi país. A menudo les señalaba que lo que me interesaba no era lo mala que se había vuelto Noruega a causa del petróleo, sino que lo que de verdad estaba tratando de describir era cómo había cambiado Noruega.

Sætre no quería pintar una imagen demasiado distópica de su patria. A Noruega le van realmente bien las cosas, y los miedos sobre lo que podrá ocurrir cuando se agote el petróleo se están posponiendo hacia el futuro. Sin embargo, al final se agotará, y una economía en la que el sector público representa el 52 por ciento del PIB dejará de ser viable.

—Los noruegos tendrán que adaptarse a la nueva situación. Probablemente deberá reducirse el estado de bienestar y la gente tendrá que salir adelante con un menor número de servicios gubernamentales. Otra cuestión es qué hará la comunidad empresarial y a qué tipo de empleos podrá acceder la gente en la era posterior al petróleo, puesto que toda la economía noruega está tan atada a este producto. Si se gestionaran mal estos asuntos, Noruega podría enfrentarse a tiempos difíciles, y esto podría llevar a la inestabilidad política. Pienso que las instituciones noruegas son lo suficientemente sólidas como para lidiar con esto. No obstante, lo que sí creo es que ahora estamos viviendo la mejor época de Noruega, y que la riqueza del Gobierno es casi irreal, y esto se siente como algo casi injusto. Imagino que desde aquí todo será cuesta abajo.

Sætre también advierte del poder colosal que el *lobby* del petróleo tiene en Noruega, con su propaganda anti cambio climático y el lavado de cara de las actividades de su industria en países encabezados por dudosos regímenes, como Angola, Kazajistán y Argelia. La industria del petróleo controla la política exterior noruega, según Sætre, y afirma que «nos aísla y nos convierte en un país asocial». Como resultado, Noruega ha sido dejada de lado en Europa y se ha vuelto cada vez más proteccionista. El autor identifica lo que él percibe como una influencia perniciosa y cada vez mayor de Statoil en la vida noruega. La compañía se está convirtiendo en un elemento dominante en la esfera cultural noruega, por ejemplo, concediendo becas enormes a jóvenes artistas y músicos. El truco reside en que estos artistas y músicos han de firmar un contrato prometiendo que no van a criticar a la compañía.

La censura cultural no es en absoluto la acusación más seria dirigida contra Statoil. Greenpeace afirma que la compañía ha socavado por completo su reputación de buenas prácticas medioambientales con la adquisición de un polémico arriendo de arenas de alquitrán en Canadá (el petróleo procedente de las arenas alquitranadas contamina más que el crudo, tanto en su extracción como en su empleo). A pesar de que se le concedió a Statoil el arrendamiento gracias a haber prometido que sus métodos serían los menos onerosos desde el punto de vista ecológico, Greenpeace mantiene que sus acciones «sin duda se traducirán en

importantes emisiones de gases de efecto invernadero y daño medioambiental». Statoil es muy claro a la hora de hablar de la responsabilidad social corporativa, pero hace algunos años se vio afectada por lo que *Business Week* llamó «el peor escándalo de soborno y tráfico de influencias en la historia de Noruega», que implicaba pagos a oficiales iraníes. Lo cierto es que es difícil discernir cómo el código ético de Statoil difiere del de cualquier otra compañía petrolífera.

Hablé un poco sobre asuntos éticos con Yngve Slyngstad, jefe del Fondo del Petróleo de Noruega. Me informó de que no invertían en tabaco y que seguían los consejos de la ONU en cuanto a la inversión armamentística, y me explicó que el enfoque del fondo noruego consistía en tratar de cambiar las políticas y las prácticas empresariales desde dentro.

—No es posible invertir en ocho mil compañías en las que no haya nadie a quien culpar. ¿Qué haces entonces? ¿Te lavas las manos y dices que ese no es tu problema o te sientas a discutir y dices que hay cosas que pueden mejorarse y que nuestro papel es encontrar la manera de mejorarlas?

Pero ¿qué hay del impacto medioambiental del propio petróleo? ¿Cómo han aceptado esto los noruegos? Slyngstad respiró profundamente.

—Si al final resulta que la causa del cambio climático son las emisiones de carbono... —Se dio cuenta de la sonrisa que se me escapó tras aquel «si al final»—... y parece que la mayoría de la gente opina de esa manera, entonces al menos como fondo de petróleo podemos ver qué hacer para sensibilizar a las empresas sobre estos asuntos.

Este era, por supuesto, el elefante en la habitación en lo que atañe a la riqueza noruega. Es universalmente reconocido por la mayoría de observadores independientes e inteligentes que todos los combustibles fósiles, y en particular el petróleo, son siempre una mala noticia para nuestro planeta (son insostenibles, contaminan la atmósfera y parece probable que estén calentando lentamente el planeta). Noruega obtiene gran parte de su propia energía de centrales hidroeléctricas de energía limpia y renovable, y de esta forma se exime a sí misma de la culpa del consumidor directo. Es el astuto camello que se niega a tocar su propio producto.

Es de suponer que un asunto todavía más incómodo para los noruegos es el hecho de que se benefician directamente de aquellos conflictos

geopolíticos que suben el precio del petróleo (la invasión de Irak, por ejemplo, o la guerra civil en Libia). Resulta una gran ironía que una nación a la que se convoca tan a menudo para mediar en conflictos internacionales —como hizo Noruega en Sri Lanka—, se beneficia más que ninguna otra de los diversos conflictos conectados a la producción petrolífera en el resto del mundo. Pregunté a Slyngstad si existía la sensación de que la gran fortuna del país estuviera manchada por la destrucción humana y medioambiental de la que es responsable el petróleo en distintos lugares del mundo.

—Dependiendo de a qué noruego le preguntas, recibirás respuestas muy diferentes a esta pregunta —contestó prudente Slyngstad—. Habría quien se mostraría de acuerdo con esta opinión. Yo pienso que la opinión consensuada es probablemente que sí, que el petróleo tiene este tema del CO₂, pero que probablemente es mejor que el carbón. Pero ¿qué hay de otros recursos energéticos sostenibles y renovables? Por eso hemos elaborado un programa específico para invertir en nuevas tecnologías.

Es obvio que Slyngstad nunca criticaría el origen de la titánica riqueza de su fondo. En cambio, Thomas Hylland Eriksen tenía menos reparos.

—Qué interesante... —había dicho la primera vez que lo entrevisté en 2009 y le pregunté por la culpabilidad causada por el petróleo noruego—. Es posible que lo que dices tenga algo de sentido, sí. Nosotros nunca establecemos vínculo alguno con la contaminación de nuestra riqueza; de hecho, los noruegos creen que son muy limpios, aunque en realidad contaminan mucho más que los suecos.

La siguiente vez que nos reunimos, después de los ataques de Breivik, tenía una nueva opinión sobre el asunto:

—El dilema intelectual es muy similar a la situación que tuvimos el 23 de julio, al ser conscientes de que el autor del crimen había sido uno de los nuestros. No podíamos culpar a los extranjeros. Siempre habíamos estado acostumbrados a pensar que éramos una nación que formaba parte de la solución, y con el petróleo de repente nos convertimos en parte del problema, y no somos capaces de reconciliarnos con ello. Es algo que la mayoría de la gente realmente no acepta. Dicen: «Ya, bueno, si no nos hubiéramos involucrado en las arenas alquitranadas de Canadá», que es una de las maneras más sucias de extraer petróleo que puedes imaginarte,

«algún otro lo habría hecho de una forma todavía menos sostenible desde el punto de vista medioambiental». Y cuando se emplea esta clase de argumentos, básicamente puedes discutir sobre cualquier cosa: «Si no lo hubiéramos hecho nosotros, lo habría hecho otro, y ellos son mucho peores que nosotros».

¿Hay alguien en Noruega que haya sugerido detener sin más la extracción de petróleo?

—No. Y de hecho lo estamos extrayendo a gran velocidad, mucho más rápido que los demás, y esto es algo que siempre me ha sorprendido porque es un tema del que apenas se habla.

¿Y el impacto que ha tenido en los propios noruegos? ¿Les está volviendo vagos y débiles, tal y como dicen los daneses?

—Desde luego que nos ha afectado. La prueba que yo puedo ofrecerte es sobre todo anecdótica porque esta no es mi área de investigación, pero piensa en las piscifactorías ubicadas en la costa norte (el fileteado de pescado es un trabajo bien pagado pero duro y frío). La mayor parte hoy en día está externalizada en China (se manda el pescado en avión a China, donde se filetea, se empaqueta en cajas Findus y se manda de vuelta), pero el resto lo hacen tamiles y rusos, no noruegos. Los noruegos se mudan a Londres o París para llegar a ser alguien «en los medios de comunicación».

—Se carcajea—. ¡Y este es un verdadero signo de decadencia! Nadie quiere trabajar en una fábrica, o ser ingeniero, todo el mundo quiere ser famoso... Se suele dar el mundo por sentado. No hay nada en juego. En realidad no importa si mañana aparezco por el trabajo, porque de todas formas las cosas avanzarán. La baja por enfermedad está en alza, y lleva siendo así desde los años noventa, y no porque la gente se resfrie más, sino porque de verdad sienten que no importa.

Mantequilla

Como ya hemos visto, Noruega ha sido siempre un lugar algo introspectivo, aislado, periférico. En cierto sentido, las turbulencias geopolíticas de las que la región ha sido testigo a lo largo de los siglos han jugado un papel más pequeño a la hora de determinar la psique del noruego moderno que el que ha tenido su salvaje y maravilloso paisaje.

Dinamarca construyó, y luego perdió, un imperio, ha sido siempre el puente con la Europa continental y ha peleado incesantemente contra Suecia. Suecia gobernó y perdió Finlandia, emprendió guerras hasta lo profundo de Europa y, después de la Segunda Guerra Mundial, ha visto cómo sus corporaciones de fabricación conquistaban el mundo. A pesar de que comparte con Noruega el aislamiento geográfico, a su propia manera maldita Finlandia también se ha visto forzada a involucrarse más en la geopolítica regional gracias a su papel de cuerda en el tira y afloja entre el este y el oeste, siendo gobernada primero por Suecia, después por Rusia, sangrienta pero desafiante tras innumerables conflictos, y es el único país nórdico que ha adoptado el euro. Se podría alegar que Islandia también ha existido al borde de la historia nórdica, aunque fueron los islandeses quienes descubrieron América y recientemente han disfrutado, por supuesto, de un segundo ataque de vandalismo, esta vez en el terreno de los mercados monetarios mundiales.

En lo que respecta a los noruegos, siempre han tendido a ceñirse a sí mismos. Incluso dentro de sus propias fronteras, se han dispersado por todo el país como si trataran de dejar tanto espacio como fuera posible entre unos y otros. E incluso en aquellas ocasiones debidamente celebradas en las que los noruegos han exhibido un inmenso coraje e ingenuidad aventurándose a salir al mundo —Roald Amundsen, Fridtjof Nansen y Thor Heyerdal—, aun así, da la impresión de que han puesto especial cuidado en asegurarse de

que la aventura tenía lugar donde era probable que hubiera muy poca gente, si es que había alguien.

En ocasiones puede parecer que el mundo exterior posee escasa trascendencia para los noruegos. Tienen su pescado y su madera y ahora también disponen de su petróleo y de su monopolio lácteo. Realmente no necesitan a nadie más, puede que a excepción de unos cuantos suecos para que les pelen los plátanos. Mi impresión tras un breve intento hace tiempo de buscar ayuda en el consorcio de turismo de Noruega, mientras investigaba para el artículo de una revista, parecía sugerir que la llegada de visitantes era amablemente bienvenida más que abiertamente fomentada, aunque es probable que prefieran que te quedes en tu crucero si no te importa.

¿Por qué son los noruegos tan cerrados? En el transcurso de las ocupaciones danesas y suecas, no solo carecieron de autodeterminación, sino en gran medida de todo sentido de identidad o nacionalidad. Después de una larga y dilatada aunque no especialmente feroz campaña por la independencia, la autonomía al fin llegó en 1905. Lo que ocurrió a continuación nos ofrece una diferencia reveladora entre los noruegos y los suecos, y su progreso a lo largo del siglo siguiente.

Los suecos dieron un impulso unificado y consciente hacia la luz, abrazando el progreso industrial y tecnológico, el modernismo, el laicismo y las políticas socialmente progresistas, en un proceso que los llevó a convertirse en una de las naciones industrializadas más eficaces en los años de posguerra, un coloso manufacturero, parangón de lo que una nación multicultural y moderna debía ser (y, por si todo esto fuera poco, con una música pop fantástica y atractivos tenistas).

En palabras de Thomas Hylland Eriksen: «Suecia avanzó y mejoró con la vista puesta en el futuro y el modernismo porque, creo, pensaron que era la única manera de salir adelante. Se habían convertido en una especie de país viejo y sifilítico, necesitaban una renovación. Sin embargo, Noruega necesitaba encontrar, y hasta cierto punto construir, una identidad, y de ahí todos esos trajes extraños y el nacionalismo romántico que aún perdura en la actualidad».

Los noruegos decidieron que ni les gustaba ni necesitaban el mundo moderno, preferían su *bunad*, sus bailes tradicionales y su pescado seco, y retrocedieron hacia la seguridad de su pasado agrario para comulgar con el mar y la naturaleza. Y después llegó el petróleo, que cambió la situación en cierta medida, pero que, en todo caso, únicamente ha ayudado a que los noruegos mantengan su tradicional difusión geográfica de la población, su aislamiento y sus políticas comerciales proteccionistas.

—Si miras Europa horizontalmente, por así decirlo, verás que Noruega y Suecia sobresalen —me dijo Yngve Slyngstad—. En verdad no son parte de Europa. En Suecia y Dinamarca existió una nobleza y un sistema feudal, eran parte del modo europeo de ver el mundo, con pequeños pueblos que fueron creciendo y haciendas con siervos, etc., pero en Noruega no tuvimos nada de esto, por lo que las diferencias son mucho mayores de las que cabría esperar dada nuestra lengua común.

Pero ocasionalmente este aislamiento resulta contraproducente para los noruegos. El resto de Escandinavia se llenó de júbilo cuando, en 2011, saltó la noticia de que Noruega se había quedado sin mantequilla. Una dieta que se había puesto de moda y que recomendaba la ingesta de grandes cantidades de aquel producto había arrasado el país y vaciado las reservas domésticas. Para proteger su propia industria láctea, Noruega impuso extravagantes impuestos en los productos lácteos importados y, como consecuencia, el precio de la mantequilla se disparó. La gente se lanzó a comprarla presa del pánico y los noruegos no tardaron en empezar a pedir a sus amigos daneses que llenaran las maletas con bloques Lurpark cuando fueran de visita.

—Es una vergüenza y es indignante —protestó Torgeir Trælda, portavoz de Agricultura del Partido del Progreso—. La última vez que recibimos suministros alimentarios gratuitos de los países vecinos fue durante la Segunda Guerra Mundial.

«Antes prefiero ser una ciudadana maltratada de la UE con la boca llena de galletas mantequillosas que una noruega asquerosamente rica masticando tostadas secas sin mantequilla —escribió en su momento una periodista sueca bastante grosera, y añadió—: Hay una ironía irresistible en el hecho de que un país pequeño inundado de dinero procedente del

petróleo no sea capaz de suministrar a sus habitantes algo tan básico como la mantequilla [...]. Nuestros tradicionales bollos de azafrán caseros nos sabrán muchísimo mejor cuando pensemos que los noruegos tendrán que cocinarlo todo con margarina».

A pesar de lo poco atractivo que su *Schadenfreude*^[49] pudiera resultar, ofrece una reveladora perspectiva sobre los crudos celos y el resentimiento que se enconan bajo la superficie del supuestamente armonioso triunvirato tribal escandinavo. Los noruegos, no obstante, permanecen contumaces respecto a su protecciónismo: recientemente provocaron gran indignación en Copenhague al imponer de manera arbitraria un derecho de importación del 262 por ciento al queso danés —como forma de venganza postcolonial de Noruega—.

Otro aspecto revelador de esto son los numerosos chistes a costa de los noruegos en boca de sus vecinos, en los que siempre parecen tener el papel del tonto del pueblo (muy parecidos a los chistes sobre irlandeses que cuentan los ingleses o sobre los polacos que cuentan los estadounidenses). Tales chistes son racistas, reduccionistas, políticamente incorrectos y colonialistas. Toda la gente de buena voluntad debe condenarlos en los términos más firmes, desde luego, y no deberían repetirse jamás.

Este es uno de mis favoritos:

Un sueco, un danés y un noruego naufragan en una isla desierta. El sueco encuentra una concha mágica que, al frotarla, concede un deseo a cada uno. «Quiero irme a casa, a mi *bungalow* grande y cómodo con el Volvo, el reproductor de vídeo y los muebles sofisticados de Ikea», dice el sueco, e inmediatamente desaparece. «Quiero volver a mi pisito acogedor en Copenhague, sentarme en el sofá con los pies sobre la mesa y estar con mi atractiva novia y un *pack* de seis cervezas rubias», dice el danés, y sale volando. El noruego, después de pensar un rato sobre el problema, frota la concha y dice: «Qué solo estoy... Desearía que mis dos amigos volvieran».

Los dos siguientes son cortesía de mi hijo. Que los escuchara en el colegio, en Dinamarca, vienen a corroborar lo mucho que los chistes sobre noruegos triunfan en la actualidad. Es interesante señalar que mi mujer, que es danesa, dice que se trata de una creación relativamente reciente. Cuando ella iba al colegio, al parecer, el papel de zopenco recaía en los habitantes de la segunda ciudad de Dinamarca, Aarhus (mientras que un amigo noruego confirma que ellos solían tener un montón de chistes sobre los suecos). Por supuesto, en los años setenta la riqueza petrolífera noruega era una fantasía lejana. ¿Es posible que los chistes noruegos hayan gozado de una mayor expansión a medida que la divisa noruega ha ido aumentando su valor?

Un policía ve a un noruego paseando por el centro de Copenhague con un pingüino sujeto a una correa.

—Debería llevarlo ahora mismo al zoo —insiste el policía.

—¡Vale! —dice el noruego.

Al día siguiente vuelven a encontrarse, pero el noruego todavía va acompañado del pingüino.

—Creí haberle dicho que lo llevara al zoo —dice el policía.

—¡Y lo hice! —repone el noruego—. Creo que le gustó mucho. Estaba pensando que hoy podíamos ir al cine.

Y en la misma línea:

Un noruego compra una entrada para el cine a la chica de la taquilla. Unos instantes después, vuelve y compra otra. Luego lo hace otra vez. Y otra.

Finalmente, la chica de la taquilla le pregunta:

—¿Por qué no haces más que volver a comprar más entradas?

El noruego, exasperado, contesta:

—¡Cada vez que intento entrar, ese hombre que está allí en la puerta las rompe por la mitad!

Pregunté a Eriksen por los chistes que los daneses contaban sobre los noruegos. ¿Les molestaban?

—¡Qué va! No podría darnos más igual. —Se rio—. Ellos tienen su patético país totalmente plano. Simplemente están celosos. En realidad a nosotros nos encantan los daneses, los vemos como gente cosmopolita y *hyggelig*. Incluso su bandera es *hyggelig*. Incluso la utilizan para vender cosas, en los envases. La bandera de Noruega es casi sagrada. Habría un gran escándalo si alguien la colocara en el lateral de una lata de jamón.

De esto es probable deducir que los noruegos no son tan estúpidos como les gusta decir a los daneses y a los suecos. No es fácil extraer todo ese petróleo de las profundidades del mar del Norte, ¿sabéis? En los últimos años, Noruega ha estado en lo más alto del Índice del Desarrollo Humano de la ONU (incluido en el momento de redactarse el presente libro), lo cual resulta irónico, dado que el índice fue originalmente creado como una manera de evaluar a los países en valores distintos a la riqueza. Aun así, significa que Noruega es oficialmente el mejor país del mundo entero. O algo así. Es también el más igualitario en asuntos de género y el más estable desde el punto de vista político a escala mundial. Por otro lado, Noruega cuenta con la menor tasa de encarcelamiento de cualquier país europeo (tan solo 3500 de sus ciudadanos residen entre rejas, frente al doble de este número en Escocia, que tiene una población de un tamaño similar).

Y Noruega, por su parte, contraataca con sus propias bromas. Nunca dejan pasar una oportunidad para ridiculizar la lengua danesa, por ejemplo. Los noruegos consideran que la suya es la lengua escandinava pura y verdadera. Fue un elemento muy importante en el movimiento separatista nacionalista en el siglo XIX, entendida como un modo de erradicar la influencia danesa. Alrededor de esta época, los noruegos dieron el paso radical de definir una lengua noruega adicional, el *nynorsk*^[50], basada en dialectos rurales. El *nynorsk* en verdad estaba más cerca del nórdico antiguo y de los dialectos noruegos tradicionales que la lengua noruega dominante, el *bokmal*^[51], que básicamente era un danés bastardo. El *nynorsk* nunca estuvo cerca de sustituir al *bokmal*, pero es la lengua oficial para algo más del 10 por ciento de los noruegos, sobre todo en la parte occidental de Noruega.

De hecho, el danés —en particular lo que los suecos y los noruegos ven como una inteligibilidad menguante, puesto que al parecer los daneses cada vez pronuncian peor y degluten más las palabras, y con el tiempo emplean más y más oclusivas glotales— es cada vez más el blanco de las bromas por toda Escandinavia. Por improbable que pueda parecer, en uno de los *sketches* televisivos más graciosos que he visto nunca salían dos cómicos noruegueses del programa *Uti Vår Hage* que pretendían ser daneses tratando de comunicarse entre ellos (el *sketch* tiene subtítulos en inglés y está en YouTube simplemente como *Danish Language*: hasta la fecha ha recibido más de tres millones de visitas). «La lengua danesa se ha llenado de sonidos guturales sin sentido», dice desesperado uno de los «daneses». Entra en una ferretería: «Ni siquiera recordaba cuál era la palabra danesa para decir “hola”. No entendía nada, así que simplemente repetía lo que él decía. Tuve que jugármela, y solté la palabra “Kamelåsa”». El *sketch* termina con el tendero rogando a cámara: «Si no se hace nada, ¡la sociedad danesa se derrumbará! Desde aquí hago un llamamiento a las Naciones Unidas y a la comunidad internacional. Por favor, ayúdennos».

Esta clase de burlas cariñosas están reservadas para los vecinos cercanos. La actitud noruega hacia los inmigrantes de otros países más distantes permanece conflictiva, como pudo advertirse con la llegada de doscientos gitanos rumano a Oslo en el momento en que el juicio a Breivik estaba a punto de concluir. Los rumano establecieron un campamento en los terrenos de la iglesia de Sofienberg, en el centro de Oslo, lo que provocó indignación entre los políticos y los medios de comunicación locales. Se informó de que ciertas páginas web noruegas habían llamado «ratas» e «inhumanos» a los rumano. «Esta gente no tiene nada que hacer aquí, deberían haberlos expulsado de la iglesia de Sofienberg y de Noruega — expresó un político local a TV2—. No podemos tener una situación en la que Noruega y Oslo funcionan como la oficina mundial de bienestar social». Mientras escribo esto, el alcalde está tratando de prohibir la mendicidad para forzar la salida de los rumano, y otros hablan seriamente sobre cerrar las fronteras del país.

Como es habitual, el entonces primer ministro Jens Stoltenberg proporcionó una voz de moderación: «Una de las cosas que nos enseñó el

22J fue lo importante que es no juzgar y estigmatizar a las personas únicamente porque pertenezcan a cierto grupo. Esta clase de palabras y de expresiones solo pueden conducir a más odio y conflictos», pronunció.

Solo podemos esperar que tales opiniones eventualmente ganen la batalla aquí, en el gélido norte. A los noruegos les convendría mucho más mostrar algo de apertura y generosidad de espíritu. Al fin y al cabo, a pesar de todos sus recientes traumas, tienen muchísimo por lo que estar agradecidos. Tienen unas ventajas muy similares a los daneses en cuanto a la cohesión social, la igualdad, la homogeneidad y la calidad de vida y, si acaso, el 22J parece haberlos acercado aún más como sociedad.

—Después del 22J teníamos la sensación, maldita sea, de que éramos una familia —me dijo Eriksen—. Somos un grupo tan pequeño... El primer ministro, el alcalde de Oslo, el príncipe heredero, todas esas celebridades, no estaban allá arriba, sino entre nosotros. El rey nos habló como un tío desconsolado, e incluso el príncipe heredero ofreció un fuerte sentimiento de familiaridad cultural. Como las diferencias entre la parte más alta y más baja de la sociedad son tan pequeñas, la gente coincide. Todo el mundo sabe que si vives en esta parte de la ciudad y en invierno vas a esquiar en las montañas que hay nada más salir de la ciudad, a veces te encuentras con el primer ministro. Yo lo conozco un poco, igual que mucha otra gente. Le saludo. La cuestión es que se puede estudiar esto desde una perspectiva sociológica: la posibilidad de que un noruego conozca al primer ministro, o a alguien que lo conozca, es el doble de alta de la que habría en Suecia, donde hay más del doble de gente; u ocho veces mayor que en España. Sientes que estás realmente conectado a una gran familia. Hay un nivel de confianza muy alto. Una de las cosas que, como noruego, echas de menos al viajar es simplemente sentarte en el tranvía, echar una cabezada y saber que es seguro hacerlo. Esa sensación.

Esta sensación de somnolencia libre de amenazas, de paz, estabilidad y calma es, por supuesto, fundamental para el sentimiento de seguridad y para la calidad de vida que disfrutan la gente del norte y, por extensión, para su felicidad. Pero la seguridad, la funcionalidad, el consenso, la moderación, la cohesión social... no son el principio y el fin de toda vida, sino meramente los cimientos de la pirámide de las necesidades. La pasión y la chispa, la

extravagancia y la *joie de vivre* van apareciendo a medida que te aventuras más al sur. ¿En qué parte de Escandinavia existen la emoción y el deseo, el conflicto y el riesgo, la sensación de una vida al límite?

Os diré dónde...